



• DIAGNÓSTICO CUANTITATIVO Y CUALITATIVO

Diferencias de género en cadenas de valor altoandinas

Subproducto del Estudio de Demanda, Oferta y Comercialización de Cadenas de Valor Altoandinas con Enfoque Financiero y Productivo

• PROYECTO **Puna Resiliente**

ELABORADO
POR



Índice

1.	Resumen ejecutivo.....	3
2.	Introducción.....	5
3.	Metodología para la recopilación de información	5
4.	Roles de género en las actividades de la cadena de valor	9
4.1	Cadena de valor de papa nativa	9
4.2	Cadena de valor de granos andinos (quinua, cañihua, kiwicha) y tarwi	17
4.3	Cadena de valor de alpaca	26
4.4	Cadena de valor de vicuña.....	32
4.5	Cadena de valor de turismo comunitario.....	36
4.6	Balance en la participación de hombres y mujeres	40
5.	Brechas principales de género en la población de estudio	42
5.1	Categoría 1: Participación en actividades del hogar	42
5.2	Categoría 2: Participación en actividades productivas	43
5.3	Categoría 3: Acceso a activos productivos (titularidad de terrenos, inmuebles y parcelas)	44
5.4	Categoría 4: Participación económica.....	45
5.5	Categoría 5: Servicios financieros y no financieros.....	46

1. Resumen ejecutivo

El presente reporte sintetiza los principales hallazgos del análisis de brechas de género realizado en el marco del estudio de mercado de las ocho cadenas de valor altoandinas promovidas por el Proyecto Puna Resiliente. La investigación combina una metodología cuantitativa, basada en 916 encuestas de hogar en 20 distritos de Apurímac, Arequipa, Cusco y Puno, con una metodología cualitativa de 15 talleres territoriales en las cinco regiones del estudio (las cuatro anteriores más Lima–Yauyos), de los cuales cinco fueron desarrollados de manera exclusiva con mujeres.

El análisis se organiza en dos grandes bloques. El primero desarrolla los roles de hombres y mujeres a lo largo de cada cadena de valor —papa nativa, granos andinos (quinua, cañihua, kiwicha, tarwi), alpaca, vicuña y turismo comunitario—, eslabón por eslabón, articulando la evidencia cualitativa con las cifras de la encuesta. El segundo cuantifica las brechas de género en cinco categorías de análisis transversales, esto es, participación en actividades del hogar, participación en actividades productivas, acceso a activos productivos, participación económica y acceso a servicios financieros y no financieros, sobre la base de quince indicadores con desagregación territorial.

El balance del análisis es robusto. Hombres y mujeres participan de manera amplia y compartida en la producción primaria —el 75% de los hombres y el 70% de las mujeres mayores de 14 años declaran trabajar en el campo—, y las mujeres lideran de manera explícita la poscosecha, la transformación tradicional (chuño, moraya, harinas) y la artesanía textil de alpaca y vicuña, así como la gastronomía y la venta directa en turismo comunitario. Esta participación productiva extensa, sin embargo, no se traduce en igualdad de reconocimiento ni de control económico.

Las brechas más relevantes no son brechas de presencia productiva sino brechas de liderazgo, activos y captura de valor. En el hogar, las mujeres asumen el 61% de la preparación de alimentos y el 18% del cuidado de niños y ancianos, frente al 11% y 4% en hombres, una sobrecarga que limita su disponibilidad de tiempo para actividades económicas. En los activos productivos, la titularidad de terrenos, inmuebles y parcelas se concentra en hombres con diferencias agregadas de entre 15 y 20 puntos porcentuales. En la dimensión económica, la presencia en actividades generadoras de ingresos muestra una brecha persistente de 7 puntos (56% hombres vs. 49% mujeres) sostenida en las cuatro regiones, las decisiones de venta favorecen al varón en 7 puntos y la participación femenina en asociaciones es 3 puntos menor. En el acceso a servicios financieros y no financieros las brechas agregadas son pequeñas, pero los niveles generales son bajos para ambos sexos y la cobertura de asistencia técnica favorece ligeramente a los hombres.

A lo largo del estudio aparecen también factores específicos que amplían o modifican las brechas. La presencia de actores institucionales externos —como SERFOR en la cadena de la vicuña— condiciona el liderazgo técnico formal y deja a las mujeres fuera de los hitos regulatorios pese a su participación operativa paritaria en el chaccu. La migración masculina, presente en Pacor (Cusco) y Phinaya (Cusco), invierte los patrones tradicionales, pero no necesariamente transforma el reconocimiento. Complementariamente, la articulación al mercado vía organizaciones consolidadas (Sunaq Tikari en Yanque, Colca Camel y Mitchell en Chalhuanca y Tolconi, planta de

quinua en Hanansaya) abre oportunidades de cierre de brecha cuando se combina con certificaciones, asistencia técnica y precios premium.

Estos hallazgos brindan insumos directos para la hoja de ruta del estudio. Las intervenciones que apuesten por cerrar brechas deben diferenciar entre ampliar la participación productiva donde aún existe asimetría y, sobre todo, redistribuir el liderazgo, el reconocimiento social y el control de los ingresos en los espacios donde la participación femenina ya es alta, pero se mantiene subordinada.

2. Introducción

Este reporte se enmarca en un **estudio integral de mercado** de ocho (08) cadenas de valor altoandinas promovidas por el Proyecto Puna Resiliente, que incluyen: cultivos altoandinos (quinua, papa nativa, cañihua, kiwicha, tarwi), camélidos sudamericanos (alpaca y vicuña), turismo comunitario y artesanías en cinco regiones: Arequipa, Apurímac, Cusco, Puno y Lima (Yauyos). El estudio integral tiene los siguientes objetivos específicos:

- **Realizar un análisis estructural de las cadenas de valor priorizadas**, utilizando la metodología ValueLinks e incorporando un análisis de brechas de género.
- **Evaluar el tamaño y la cuota de mercado de las cadenas de valor priorizadas**, analizar las principales tendencias del mercado, identificar nichos de mercado que valoren iniciativas lideradas por mujeres, y evaluar la participación de empresas competidoras.
- **Evaluar la integración comercial**, identificar y diagnosticar plataformas comerciales existentes, desarrollar propuestas para fortalecer la articulación comercial equitativa, y proponer estrategias de vinculación con compradores.
- **Analizar la oferta y demanda de productos y servicios financieros** para productoras y productores altoandinos con enfoque de género, y mapear entidades financieras y productos disponibles.
- **Elaborar una hoja de ruta con recomendaciones** para la inserción sostenible de las cadenas de valor en mercados de alto valor, y desarrollar una propuesta de espacio de articulación comercial propio de las zonas del proyecto.

El presente entregable corresponde a un subproducto del reporte de género realizado en el marco del estudio, que presenta los principales elementos de diagnóstico referidos a (i) la participación de hombres y mujeres en las distintas etapas de la cadena de valor y (ii) las brechas existentes de género tanto a nivel las condiciones sociales, como a nivel de las oportunidades de generación de ingresos.

3. Metodología para la recopilación de información





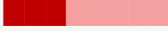




















El presente reporte se sustenta en un enfoque metodológico mixto, que combina herramientas cuantitativas y cualitativas con el objetivo de obtener una comprensión integral de la situación productiva, económica y social de las unidades agropecuarias vinculadas a las cadenas priorizadas en el contexto de Puna Resiliente. Esta estrategia permitió complementar el análisis estadístico con evidencia contextual y percepciones recogidas directamente de productores y productoras en contextos altoandinos.

Por un lado, se implementó una metodología cuantitativa basada en la aplicación de encuestas estructuradas a productoras y productores agropecuarios en cuatro regiones priorizadas (Arequipa, Cusco, Puno, Apurímac). El diseño muestral priorizó la representatividad regional y permitió realizar análisis comparativos por cadena productiva y por sexo. La encuesta recogió información sobre características productivas, acceso a mercados, activos, financiamiento, organización, asistencia

técnica y otras variables relevantes para el análisis de brechas y oportunidades en las cadenas priorizadas.

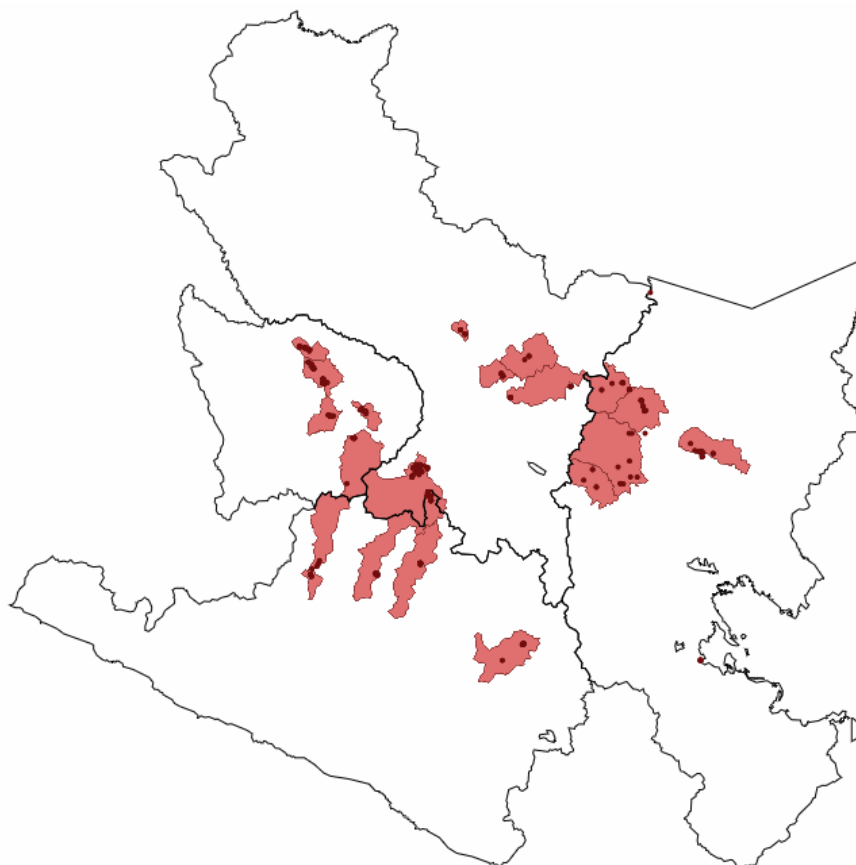
La distribución final de encuestas muestra un total de 916 entrevistas, con una participación por sexo prácticamente equilibrada: 470 hombres (51%) y 446 mujeres (49%). Por región, Cusco concentra el mayor número de encuestas (260), seguido de Puno (227) y Apurímac (221), mientras que Arequipa registra 208. En términos de composición por sexo, Apurímac presenta una mayor participación de mujeres (126) que de hombres (95); en Arequipa la distribución es relativamente balanceada (109 hombres y 99 mujeres); Cusco muestra mayor proporción de hombres (151) frente a mujeres (109); y Puno mantiene una distribución casi paritaria (115 hombres y 112 mujeres). En conjunto, la muestra asegura una cobertura regional robusta y un balance de sexo adecuado para análisis comparativos.

Tabla 1. Muestra efectiva por distrito y sexo del informante

Departamento / Distrito	Hombres		Composición por sexo	Mujeres		Total
	<i>n</i>	%		%	<i>n</i>	
Apurímac	95	43%		57%	126	221
Abancay	12	43%		57%	16	28
Lambrama	43	52%		48%	40	83
Oropesa	13	30%		70%	30	43
Chuquibambilla	6	32%		68%	13	19
Progreso	21	44%		56%	27	48
Arequipa	109	52%		48%	99	208
Yanque	21	43%		57%	28	49
Chachas	30	61%		39%	19	49
Cayarani	30	48%		52%	33	63
Cotahuasi	18	60%		40%	12	30
Huaynacotas	10	59%		41%	7	17
Cusco	151	58%		42%	109	260
San Salvador	18	45%		55%	22	40
Pitumarca	10	50%		50%	10	20
Santo Tomás	88	58%		42%	63	151
Ocongate	19	66%		34%	10	29
Quiquijana	16	80%		20%	4	20
Puno	115	51%		49%	112	227
Macusani	21	39%		61%	33	54
Corani	24	63%		37%	14	38
Crucero	44	52%		48%	40	84
Nuñoa	18	67%		33%	9	27
Santa Rosa	8	33%		67%	16	24
TOTAL	470	51%		49%	446	916

Composición por sexo:  Hombres  Mujeres

Elaboración: APOYO Consultoría

Figura 1. Distribución de las encuestas realizadas a nivel geográfico

Nota: Se resaltan en rojo los territorios donde se aplicaron las encuestas en el marco del proceso de recopilación de información. Elaboración: APOYO Consultoría

Por otro lado, se desarrolló una metodología cualitativa a través de la realización de 15 talleres en los territorios seleccionados. Estos espacios permitieron profundizar en dinámicas no capturadas completamente por la encuesta, tales como percepciones sobre barreras productivas y comerciales, roles de género en la toma de decisiones, dinámicas organizativas, riesgos climáticos y oportunidades de diversificación. La información cualitativa permitió aportar contexto y matices a los hallazgos cuantitativos, enriqueciendo la interpretación de los resultados, así como identificar aspectos que serán puestos en valor en el diseño de la hoja de ruta.

Para la selección de los casos de estudio en cada región, se contó con el apoyo de los especialistas territoriales de GIZ, con quienes se construyó la propuesta de comunidades que serían partícipes del trabajo de campo cualitativo en el ámbito del presente estudio. La selección de estos casos de estudio pasó por dos principales criterios de priorización:

- **Diversidad en las cadenas de valor trabajadas:** Con el objetivo de abarcar las ocho cadenas priorizadas en el contexto del estudio
- **Nivel de consolidación en el ámbito agropecuario:** Se procuró contar con casos de estudio diversos en términos del nivel de preparación y acceso a mercados de los productores y productoras en sus respectivas cadenas de valor.

- Viabilidad de organizar talleres con una **participación paritaria** entre mujeres y hombres.

Asimismo, en cada departamento, se priorizó la organización de un taller exclusivo para mujeres, con la intención de recoger sus percepciones sin el riesgo de introducir un sesgo por la presencia de hombres.

Como resultado de este ejercicio, se seleccionaron los siguientes casos de estudio:

Tabla 2. Casos de estudio realizados en el marco del estudio

N	Caso de estudio	Distrito (Departamento)	Cadenas estudiadas	Taller solo mujeres
1	Phinaya	Pitumarca Cusco	Alpaca, Artesanías, Turismo	—
2	Pacor	San Salvador Cusco	Quinoa, Kiwicha, Papa nativa	Sí
3	Lahua Lahua	San Pablo Cusco	Papa nativa, Alpaca, Artesanías	—
4	LlañucanCHA	Abancay Apurímac	Quinoa, Kiwicha, Papa nativa, Tarwi, Artesanías, Turismo	—
5	Marjuni	Lambrama Apurímac	Quinoa, Papa nativa, Artesanías	Sí
6	Cconchaccota	Progreso Apurímac	Papa nativa, Alpaca, Vicuña, Artesanías	—
7	Bendición Divina	Santa Rosa Puno	Quinoa, Cañihua, Papa nativa, Alpaca, Artesanías	—
8	Jatun Ayllu	Santa Rosa Puno	Quinoa, Cañihua, Papa nativa, Alpaca, Artesanías	—
9	Tikariy Pampa	Macusani Puno	Cañihua, Papa nativa, Alpaca, Artesanías	Sí
10	Chalhuanca	Yanque Arequipa	Alpaca, Artesanías	Sí
11	Hanansaya	Yanque Arequipa	Quinoa, Papa nativa, Alpaca, Artesanías, Turismo	—
12	Tolconi	Chachas Arequipa	Alpaca, Vicuña, Artesanías	—
13	Miraflores	Miraflores Lima - Yauyos	Papa nativa, Alpaca	Sí
14	Tomas	Tomas Lima - Yauyos	Alpaca	—
15	Huancachi	Tomas Lima - Yauyos	Papa nativa	—

4. Roles de género en las actividades de la cadena de valor

El presente documento profundiza el análisis transversal de los roles diferenciados de hombres y mujeres en las principales cadenas de valor altoandinas analizadas en los talleres regionales (Apurímac, Arequipa, Cusco, Puno y Lima-Yauyos). Se estructura por cadena y eslabón (gestión de ecosistemas, producción, procesamiento, comercialización), incorporando ejemplos específicos recogidos a través del trabajo de campo cualitativo.

Este análisis se complementa con evidencia cuantitativa proveniente de las encuestas aplicadas, con una participación equilibrada por sexo (51% hombres y 49% mujeres) cuyos resultados muestran que la participación productiva es alta tanto para hombres como para mujeres. No obstante, esta participación compartida en la base productiva convive con diferencias en la generación de ingresos (56% hombres frente a 49% mujeres) y en la distribución del trabajo doméstico y de cuidado, donde 61% de las mujeres declara dedicarse a la preparación de alimentos frente a 11% de los hombres, y 18% al cuidado de niños o adultos mayores frente a 4%.

En conjunto, la integración de ambas fuentes permite observar que, si bien hombres y mujeres participan en los distintos eslabones de las cadenas de valor, existen diferencias en el uso del tiempo, la captación directa de ingresos y la disponibilidad para asumir funciones de negociación y articulación hacia mercados, lo que configura brechas estructurales en el posicionamiento económico dentro de las cadenas.

4.1 Cadena de valor de papa nativa

La papa nativa es una cadena profundamente enraizada en los territorios altoandinos, pues combina función económica, seguridad alimentaria y conservación de biodiversidad. De acuerdo con las encuestas aplicadas en el contexto altoandino, esta es la cadena con mayor presencia en la muestra, involucrando a 631 productores y productoras, lo que equivale al 69% del total encuestado y lo que confirma su peso estructural en los sistemas productivos altoandinos.

A diferencia de otras cadenas que muestran mayor concentración en grupos etarios adultos, la papa nativa presenta una estructura más balanceada entre personas jóvenes y adultas. Esto refuerza el rol de la producción de papa nativa como actividad transversal dentro del hogar y como base de la economía familiar.

En los talleres realizados en Apurímac, Cusco, Puno y Lima (Yauyos), se observa que hombres y mujeres participan en casi todos los eslabones, pero con diferencias consistentes en el tipo de tareas que asumen, el tiempo invertido y el grado de participación en la negociación y articulación hacia mercados. Esta percepción cualitativa encuentra respaldo en la evidencia cuantitativa, que muestra que la proporción de personas que generan ingresos a partir de la cadena de papa nativa es mayor entre los hombres (55%) que entre las mujeres (48%), evidenciando una brecha moderada pero persistente en la captación directa de ingresos vinculados a esta actividad.

La siguiente Figura sintetiza esta estructura de la cadena y ubica, por eslabón, la participación relativa de hombres y mujeres. A continuación, se desarrolla el análisis cualitativo con mayor detalle.

Figura 2. Nivel de participación de productores y productoras en las distintas etapas de la cadena de valor de papa nativa, por etapa de la cadena de valor



Fuente: Levantamiento de información cualitativa a través de talleres en las regiones de Apurímac, Arequipa, Cusco, Puno y Lima-Yauyos. Elaboración: APOYO Consultoría.

Gestión de ecosistemas

En la papa nativa, la gestión del ecosistema se concreta en el manejo de andenes y suelos comunales, la conservación de las variedades nativas, el cuidado del agua y de los pastos de altura, y la respuesta cotidiana ante heladas, granizadas, sequías e incendios forestales. Esta dimensión aparece con particular fuerza en los grupos focales de Yauyos (Miraflores, Huancachi y Tomas) y de Apurímac, donde Marcuni —reconocida como comunidad Paimakis que custodia de más de dieciséis variedades de papa nativa— enfrenta el mismo cambio en el calendario productivo: las heladas llegan fuera de temporada, las lluvias se han vuelto irregulares y las sequías se prolongan. En Huancachi se reporta que las heladas “destruyen los cultivos de papa, oca y habas” y que la sequía “seca completamente las plantas”; en Miraflores los participantes señalan que “no los acompaña la lluvia” en temporadas cada vez más extensas, y en Lahua Lahua (Cusco) la reducción de pastizales y la pérdida de cultivos completan un escenario percibido como cada vez más riesgoso para cualquier apuesta por aumentar volúmenes.

En términos de roles, los y las participantes coinciden en que la gestión del ecosistema en papa nativa es una actividad mayoritariamente compartida y organizada mediante turnos familiares, aunque con matices claros. Los hombres tienden a concentrarse en las tareas que requieren mayor esfuerzo físico o trabajo de infraestructura: mantenimiento de andenes, faenas comunales, cercado, manejo de motobomba o tractor cuando se alquila, e instalación de los cercos vivos de quinales que en Yauyos se vienen probando como medida de mitigación frente a heladas. Las mujeres, en cambio, sostienen un rol más continuo de observación y manejo cotidiano del sistema productivo: vigilan el estado del cultivo, identifican tempranamente las señales de estrés hídrico, plagas y heladas, y son quienes terminan ajustando las prácticas doméstico-productivas — decidiendo, por ejemplo, cuándo priorizar la transformación a chuño o moraya para proteger la cosecha del riesgo climático.

Sobre el reconocimiento social de estos roles diferenciados, los grupos focales en comunidades paperas ofrecen señales acotadas pero significativas. En Miraflores los propios varones identifican a las mujeres como “más detallistas” para la selección y clasificación, como “más responsables en la administración de los recursos económicos” del hogar, y reconocen su participación activa en los comités comunales y cargos de la organización; es un reconocimiento explícito que matiza —al menos en este caso— la hipótesis general de invisibilización del aporte femenino. En Marcuni, las mujeres son las depositarias prácticas de las variedades nativas que dan identidad a la comunidad Paimakis, aunque ese reconocimiento opera a nivel colectivo y no nombra de manera específica el rol femenino.

Gestión de insumos

En la papa nativa, la gestión de insumos tiene como hito principal el manejo de la semilla, que en la mayoría de las comunidades visitadas se mantiene por fuera del circuito comercial, pues no se compra, más bien se conserva. Este es uno de los eslabones donde más claramente se expresó en los talleres un conocimiento especializado y recurrentemente a cargo de mujeres. La importancia de este proceso excede ampliamente a lo identificado en el caso de Yauyos: en Marcuni (Apurímac), comunidad

reconocida como Paimakis o “protectora de la biodiversidad”, la conservación de más de dieciséis variedades nativas constituye la base productiva y simbólica de la comunidad; en LlañucanCHA (Apurímac) las familias reportan más de dieciocho variedades por hogar — Runtus, Huichi, Huayro, Peruanita, entre otras — orientadas a la elaboración de chuño y moraya y al autoconsumo. En Jatun Ayllu y Bendición Divina (Santa Rosa, Puno) la papa nativa se destina al 100% al autoconsumo, mientras que en Tikari Pampa (Macusani, Puno) y Qonchaccota (Progreso, Apurímac) la lógica predominante es también el autoconsumo y el trueque, complementado con la transformación a chuño y moraya. En todos estos casos, la racionalidad productiva no es maximizar ventas sino asegurar abastecimiento y resiliencia familiar, y por eso la semilla se conserva con criterios de calidad alimentaria, adaptación al piso ecológico y diversidad genética.

En términos de roles, los grupos focales describen las labores de gestión de insumos como compartidas entre hombres y mujeres, aunque con preponderancia al rol de la mujer. En varias comunidades, las propias participantes explicaron que son quienes seleccionan los tubérculos para semilla, los cuidan, los almacenan y deciden qué variedades se reservan para la siguiente campaña, una decisión que articula calidad alimentaria, resiliencia climática y diversidad genética. La compra de insumos externos —fertilizantes, abonos, herramientas— y el alquiler ocasional de maquinaria recaen más en los hombres, sobre todo cuando implican desplazamientos a la capital provincial o decisiones de inversión monetaria. La encuesta aplicada permite inferir este sesgo en la toma de decisiones sobre insumos: el 22% de las decisiones sobre el pago a jornaleros hombres lo toman los hombres del hogar (frente a 18% las mujeres), y el 21% de las decisiones sobre el uso de tractor recae en los varones (frente a 12% en las mujeres). Cuando los hombres migran, como ocurre en Phinaya (Cusco), las mujeres asumen también esas tareas de compra y decisión, aunque ello no necesariamente se traduzca en un cambio en la titularidad formal de los activos.

Cuando la papa nativa sí se orienta al mercado, la evidencia disponible sugiere que el patrón no cambia de manera sustantiva. En Hanansaya (Yanque, Arequipa) la papa nativa se destina en proporciones equivalentes al autoconsumo y a la venta en el mercado de Arequipa, y aun así los participantes describen una participación igualitaria de hombres y mujeres en todas las fases del cultivo, sin reversión del rol femenino en la selección y la clasificación. En Marcuni y LlañucanCHA, comunidades donde una parte importante del chuño y la moraya sí se comercializa en Abancay, son las mujeres quienes concentran el 75–80% de la venta directa, aunque las decisiones sobre el destino del ingreso siguen recayendo mayormente en los hombres del hogar. Sobre el reconocimiento social, el eslabón de insumos es uno de los pocos donde aparece de manera explícita: en Miraflores los propios varones identifican a las mujeres como “más detallistas” para la selección y la clasificación, “más responsables en la administración de los recursos económicos” y reconocen su participación activa en comités y cargos comunales. En Marcuni, la identidad Paimakis se sostiene precisamente sobre el saber especializado en variedades nativas que las mujeres reproducen y transmiten, aunque ese reconocimiento se nombra a nivel colectivo y no destaca de manera específica el rol femenino que lo hace posible.

Preparación de suelos

En la papa nativa, la preparación de suelos abre el ciclo agrícola y comprende la limpieza del terreno, la aradura, el chacmeo y la formación de surcos. Es un eslabón fuertemente condicionado por la geografía de las comunidades estudiadas, todas situadas en zonas altoandinas con pendientes pronunciadas, andenes de medidas heterogéneas o suelos accidentados. En Huancachi (Yauyos), los productores explican que sus parcelas se ubican en andenes que “no presentan medidas uniformes” y que el trabajo se realiza con herramientas manuales — picos, azadones y palas — porque la topografía no permite mecanizar el proceso; en Miraflores y Tomas el cuadro es similar y la demanda principal es de herramientas que permitan reducir el esfuerzo físico. En Qonchaccota (Progreso, Apurímac) los productores piden expresamente “herramientas ergonómicas y chaquitajlla reforzada”, mientras que en Bendición Divina (Santa Rosa, Puno) la “preparación del terreno con maquinaria” aparece como prioridad máxima entre todas las necesidades de la cadena, junto con el acceso a tractor e implementos. En Marcuni y Llañucancha (Apurímac), Tikari Pampa (Puno) y Lahua Lahua (Cusco) la demanda recurrente es también la de tractor, sembradora y cosechadora manual para las parcelas con condiciones más favorables.

En términos de roles, los grupos focales describen la preparación de suelos como una actividad mayoritariamente compartida y organizada mediante turnos familiares, aunque con un ligero mayor liderazgo de hombres en la toma de decisiones. En Huancachi se afirma con claridad que “hombres y mujeres participan de manera equitativa en las labores agrícolas y se organizan mediante turnos familiares”, y en Miraflores, Marcuni, Llañucancha, Lahua Lahua, Bendición Divina, Jatun Ayllu, Tikari Pampa, Qonchaccota y Hanansaya los comentarios emitidos coinciden en que ambos participan en la totalidad de las fases del cultivo. Dentro de esa participación compartida, la aradura y la formación de surcos —etapas asociadas al mayor esfuerzo físico del eslabón y al manejo de herramientas como la chaquitajlla— tienden a concentrarse más en los hombres; varios grupos focales mencionan, justamente, la búsqueda de herramientas “más modernas que permitan reducir el esfuerzo físico y la demanda de mano de obra” (Huancachi), no solo para aliviar la carga sino también para hacer estas tareas más accesibles al conjunto del grupo familiar. Cuando los hombres migran, como ocurre en Pacor (Cusco) en el caso de granos andinos, las mujeres asumen el ciclo completo del cultivo, incluyendo el alquiler de tractor para la labranza del suelo a costos muy altos —100 soles por hora— que tensionan la economía del hogar.

Sobre la orientación al mercado, los grupos focales no reportan un cambio relevante en los roles de preparación de suelos cuando la papa nativa sí se comercializa: en Hanansaya (Yanque, Arequipa), donde la papa nativa se destina por mitades al autoconsumo y a la venta en Arequipa, los participantes mantienen la descripción de participación igualitaria; en Marcuni y Llañucancha, comunidades con orientación parcial al mercado a través de chuño y moraya, las labores de campo siguen organizándose por turnos familiares. Sin embargo, en este eslabón específico, no se han evidenciado testimonios que den cuenta sobre asimetrías de reconocimiento social entre el aporte masculino y el femenino.

Producción

En la papa nativa, el eslabón de producción concentra las labores que dan vida al cultivo, esto es, siembra, fertilización y abonamiento, labores culturales (aporque, deshierbe, control de plagas) y cosecha. Como se mencionó anteriormente, la encuesta ubica a la papa nativa como la cadena con mayor presencia en la muestra, ya que 631 productores y productoras la cultivan, equivalente al 69% del total de la encuesta. En todas las comunidades visitadas se trata de un ciclo dependiente casi exclusivamente de las lluvias —“la producción es totalmente de secano, ya que no cuentan con sistemas de riego” (Huancachi, Yauyos)—, lo que vuelve al eslabón especialmente sensible a la variabilidad climática. La siembra suele iniciarse entre octubre y noviembre, y los productores reportan que las lluvias y heladas se han vuelto cada vez más impredecibles. En Marcuni (Apurímac) y Llañucancha (Abancay) la riqueza varietal —dieciséis y dieciocho variedades por familia, respectivamente— exige un manejo de cultivo cuidadoso por piso ecológico. En Bendición Divina (Santa Rosa, Puno), Tikari Pampa (Macusani, Puno) y Lahua Lahua (San Pablo, Cusco) las labores culturales se ven afectadas por sequías, heladas, plagas (rancho, polilla, gorgojo) e incluso ataques de animales silvestres (venado, zorrino, ratas), mencionados de manera recurrente.

En términos de roles, los grupos focales coinciden de manera unánime en que la producción de papa nativa es una actividad compartida entre hombres y mujeres, organizada mediante turnos familiares. Esta participación equitativa en el campo está respaldada por la encuesta, ya que entre la población mayor de 14 años el 75% de los hombres y el 70% de las mujeres declaran trabajar en el campo, una de las brechas más estrechas del estudio. En la dedicación de tiempo a actividades generadoras de ingresos, sin embargo, los hombres se concentran más en jornadas largas (25% trabaja más de 40 horas semanales frente al 18% en mujeres) y las mujeres en rangos bajos o nulos (19% reporta “nada” frente al 16% en hombres). La siembra, la fertilización, el aporque, el deshierbe y la cosecha aparecen como tareas conjuntas en Huancachi y Miraflores (Yauyos), en Marcuni, Llañucancha y Qonchaccota (Apurímac), en Bendición Divina, Jatun Ayllu y Tikari Pampa (Puno) y en Lahua Lahua y Hanansaya (Cusco y Arequipa). En Marcuni se señala que “si el productor es viudo o viuda, el trabajo se hace con Ayni”, lo que muestra que el sistema de turnos puede flexibilizarse mediante redes de reciprocidad cuando falta alguno de los miembros del hogar. En Phinaya (Cusco), cuando los varones migran temporalmente, las mujeres asumen “casi toda la responsabilidad productiva, además del cuidado” del hogar.

Sobre la orientación al mercado y el reconocimiento social, la dinámica de roles en producción no parece variar de forma significativa según el destino del producto. En Hanansaya (Yanque, Arequipa), donde la papa nativa se reparte por mitades entre autoconsumo y venta en el mercado de Arequipa, los participantes describen una participación igualitaria de hombres y mujeres en todas las fases del cultivo. En Marcuni y Llañucancha, donde una proporción importante de la cosecha se transforma para venta de chuño y moraya, las labores siguen organizándose por turnos familiares. Los talleres no recogen, en este eslabón, testimonios explícitos de asimetrías de reconocimiento, y el aporte femenino se vuelve más visible y nombrado en los eslabones posteriores de poscosecha, transformación y venta directa.

Poscosecha

En la papa nativa, la poscosecha comprende el curado (oreado y selección sanitaria), la selección y clasificación por variedad, calibre y destino, y el envasado y almacenamiento del producto. Es un eslabón decisivo para mantener la diversidad varietal —en Marcuni se reconocen más de dieciséis variedades, en Llañucancha más de dieciocho— y para asegurar que la semilla del ciclo siguiente se separe del producto destinado al consumo o la venta. En la mayor parte de las comunidades visitadas, la poscosecha se realiza al aire libre en parcela o en los almacenes domésticos, sin infraestructura especializada. En Marcuni y Llañucancha la oferta de chuño y moraya depende directamente de una buena clasificación previa para discriminar variedades aptas para transformación. Las limitaciones más mencionadas son la falta de almacenes adecuados (Miraflores), las pérdidas postcosecha por plagas de almacén como la polilla y el gorgojo (Llañucancha) y la dificultad de mantener calidad uniforme sin maquinaria.

En términos de roles, este eslabón es el primero en el que aparece una diferenciación de género más nítida y explícitamente reconocida. En Miraflores (Yauyos), los propios varones identifican a las mujeres como “más detallistas” para la clasificación de los productos y reconocen que la selección recae principalmente en ellas. En Marcuni, Llañucancha, Lahua Lahua, Bendición Divina, Jatun Ayllu, Tikari Pampa, Qonchaccota y Hanansaya los talleres describen a las mujeres como participantes activas e igualitarias en la clasificación, con presencia particularmente fuerte cuando se trata de seleccionar tubérculos para semilla. El envasado y el almacenamiento aparecen como tareas mayoritariamente compartidas, con turnos familiares. En algunos casos los hombres asumen el movimiento de sacos y el traslado al almacén por el esfuerzo físico que implica.

Sobre el reconocimiento social, la poscosecha es uno de los eslabones donde el aporte femenino aparece nombrado de manera explícita por los varones, ya que la clasificación cuidadosa que hacen las mujeres es valorada como una habilidad propia, asociada al detalle y la responsabilidad. En cuanto a la orientación al mercado, los grupos focales sugieren que la selección rigurosa adquiere todavía más peso cuando el producto se va a comercializar —en Hanansaya, Marcuni y Llañucancha la calidad del lote condiciona el precio final—, lo que refuerza el liderazgo femenino en esta etapa sin reportar tensiones por reconocimiento.

Acopio (y venta)

En la papa nativa, el acopio comprende el recojo y agrupamiento de la cosecha y, una vez separada la semilla del producto, su preparación para la venta. La encuesta cuantitativa muestra que la inserción comercial es todavía baja, dado que el 71% de los hogares productores de papa nativa indica que ningún miembro vende. Cuando sí hay venta, solo el hombre vende en el 14% de los hogares, solo la mujer en el 13% y ambos en apenas el 3%. En la mayoría de las comunidades visitadas no existe un centro de acopio comunal. El almacenamiento se hace en los propios hogares y la venta se realiza ya sea de manera individual a intermediarios que llegan a la parcela, en ferias locales o en mercados provinciales. En Marcuni y Llañucancha (Apurímac), los productores reportan que el chuño y la moraya se venden en el mercado de Abancay a S/10–12 por kilo. En Lahua Lahua (Cusco) la venta combina ferias, intermediarios y, ocasionalmente,

venta directa con movilidad propia. En Huancachi (Yauyos) la venta conjunta es excepcional y se concentra en el Festival de la Papa Nativa. En Miraflores la comercialización se limita al mercado local, y en Tomas la venta se hace principalmente a intermediarios que llegan a las parcelas. Una barrera transversal son los altos costos de transporte y la ausencia de infraestructura vial adecuada.

En términos de roles, el acopio y la venta directa aparecen como tareas donde las mujeres empiezan a ganar más protagonismo. En Marcuni se reporta de manera explícita que “es la mujer la que se ocupa del 75% de las actividades para la venta y el hombre del 25%”, y que es la mujer quien va a vender al mercado de Abancay. En Llañucancho, las mujeres concentran el 75–80% de la venta directa. La encuesta documenta cómo esa concentración femenina en la venta no necesariamente se traduce en mejores precios, ya que el precio promedio (mediana) de la papa nativa en los hogares donde solo el hombre vende es de S/2.50 por kilo, frente a S/2.00 cuando solo vende la mujer y S/2.20 cuando ambos venden. Los ingresos por la venta son de S/800 cuando vende solo el hombre, S/720 cuando vende solo la mujer y S/1,470 cuando la venta se realiza de manera conjunta. En contraste, la negociación con intermediarios y la firma de contratos —cuando ocurre— tiende a recaer más en los hombres, sobre todo cuando implica desplazamientos a la ciudad o decisiones de inversión. Cuando los hombres migran (Pacor, Cusco, en el caso de granos andinos), las mujeres asumen además del acopio el alquiler de tractor, trilladora y motobomba para sostener el ciclo productivo.

Sobre el reconocimiento social, este eslabón presenta una asimetría documentada. Aunque son las mujeres quienes realizan la mayor parte de la venta diaria —y por lo tanto son las primeras en recibir el dinero—, las decisiones sobre el destino del ingreso suelen tomarse en conjunto en el hogar o con liderazgo del varón. La excepción significativa es Miraflores (Yauyos), donde los propios varones reconocen a las mujeres como “más responsables en la administración de los recursos económicos” y describen su participación activa en comités y cargos comunales. En Pacor (Cusco), las decisiones de venta de kiwicha y quinua se toman explícitamente “entre hombres y mujeres juntos”, lo que muestra que la migración masculina ha redistribuido también el espacio de decisión económica, aunque no necesariamente en favor del liderazgo femenino formal.

Transformación

En la papa nativa, la transformación tradicional —chuño, moraya y tunta— es la principal vía de agregación de valor para las comunidades altoandinas. La encuesta confirma su importancia, ya que el 73% de los hogares productores de papa nativa elabora algún derivado, con una leve mayor incidencia en hogares de jefatura masculina (74%) frente a femenina (70%); entre quienes accedieron a crédito agropecuario la proporción sube ligeramente a 75% frente a 73% en quienes no lo tienen. Implica un ciclo nocturno y diurno que comprende el congelado al aire libre durante las heladas, el pisado y lavado, el secado prolongado bajo sol y el empaquetado final. Este eslabón es central en Marcuni (Apurímac), donde la comunidad ha sido reconocida como Paimakis precisamente por las variedades aptas para chuño y moraya. En Llañucancho (Abancay), la elaboración de estos derivados es “la principal forma de conservación y seguridad alimentaria”. En Bendición Divina y Tikari Pampa (Puno) la papa nativa se conserva como chuño durante todo el año, y en Qonchaccota (Apurímac) la elaboración de chuño y moraya

complementa la producción agrícola. En Huancachi (Yauyos) las familias también elaboran chuño y moraya. Una demanda recurrente es la posibilidad de avanzar hacia un siguiente nivel de transformación —harinas de chuño y moraya— para mejorar el ingreso.

En términos de roles, la transformación es probablemente el eslabón donde el liderazgo femenino aparece de manera más rotunda. En Miraflores (Yauyos), los varones declaran de manera explícita que su participación en el procesamiento “representa aproximadamente el 10%” y se limita a tareas que requieren mayor esfuerzo físico. En Qonchaccota (Apurímac), las mujeres “realizan una parte significativa” de la elaboración del chuño. En Marcuni, en el taller realizado se describe al chuño y la moraya como un proceso compartido, pero con liderazgo doméstico claramente femenino. En Hanansaya (Yanque, Arequipa), las mujeres participan en el procesamiento “de forma igualitaria” con los hombres, en el contexto de una producción más orientada al mercado. Los hombres aparecen principalmente en el pisado nocturno y el traslado de los sacos pesados, mientras que la decisión de qué variedades transformar, los tiempos del proceso y la calidad del producto final están concentrados en las mujeres.

Sobre el reconocimiento social y la orientación al mercado, este eslabón ilustra una de las brechas más documentadas en los talleres realizados. Por un lado, el aporte femenino en la transformación es ampliamente visible en la comunidad y es el que sostiene la oferta de chuño y moraya hacia el mercado, ya que en Marcuni y Llañucancha las mujeres concentran el 75–80% de la venta directa de estos derivados. Por otro lado, las decisiones sobre el destino del ingreso —re inversión, ahorro, gasto del hogar— suelen recaer mayormente en los varones, según describen los talleres de manera transversal. La excepción es Miraflores, donde los propios varones reconocen explícitamente que las mujeres son “más responsables en la administración de los recursos económicos” del hogar. Aun así, el reconocimiento formal del aporte femenino —por ejemplo, la atribución de la identidad Paimakis a las custodias de las variedades— opera todavía a nivel colectivo más que individual.

4.2 Cadena de valor de granos andinos (quinua, cañihua, kiwicha) y tarwi

Los granos andinos y legumbres —quinua, cañihua, kiwicha y tarwi— combinan dos lógicas que conviven en los territorios: por un lado, son cultivos de alto valor cultural y alimentario (con fuerte peso del autoconsumo y el almacenamiento); por otro, tienen potencial de articulación a mercados cuando existe volumen, organización y condiciones logísticas mínimas.

En cuanto a volúmenes de producción, la encuesta documenta el tamaño relativo de cada cadena en la muestra, ya que 157 productores y productoras cultivan quinua (17% de la muestra), 117 cañihua (13%), 131 tarwi (14%) y la kiwicha tiene la menor presencia. Las superficies por cultivo son pequeñas —quinua: 0.35 ha entre quienes venden y 0.25 ha entre quienes no venden; cañihua: 0.50 ha y 0.25 ha; tarwi: 0.03 ha y 0.02 ha.

Los grupos focales muestran que hombres y mujeres participan en casi todos los eslabones, pero con un nivel de especialización que es consistente entre todas las cadenas de este grupo; por ejemplo, las mujeres sostienen la calidad, la selección, el procesamiento doméstico y buena parte de la venta local; los hombres tienden a

concentrarse en tareas asociadas a preparación de suelos, transporte y negociación cuando el canal de venta no es local, sino más bien regional. La siguiente Figura presenta la secuencia de eslabones clave de la cadena de valor y permite representar de manera práctica en qué etapas se expresan con mayor fuerza los roles diferenciados por género. A continuación, se detalla el análisis cualitativo por eslabón.

Figura 3. Nivel de participación de productores y productoras en las distintas etapas de la cadena de valor de granos y legumbres andinas (quinua, cañihua, kiwicha, tarwi), por etapa de la cadena de valor



Fuente: Levantamiento de información cualitativa a través de talleres en las regiones de Apurímac, Arequipa, Cusco, Puno y Lima-Yauyos. Elaboración: APOYO Consultoría.

Gestión de ecosistemas

En las cadenas de granos y legumbres andinas —quinua, cañihua, kiwicha y tarwi—, la gestión del ecosistema integra el manejo de suelos, la conservación de pastos asociados a la rotación con la ganadería, el cuidado del agua para riego o cosechas de agua, y la respuesta cotidiana al cambio climático. La encuesta muestra que la dependencia del clima es estructural en las cuatro cadenas, con cañihua como la más extrema, ya que el 99% de los hogares que producen cañihua conduce parcelas bajo régimen de secano, frente a 87% como promedio agregado de la muestra. En el resto de los granos andinos la proporción de parcelas con riego solo alcanza valores marginales (13% por aspersión y 19% por gravedad para el total de la muestra). Es un eslabón que aparece con mucha fuerza en Pacor (San Salvador, Cusco), donde la kiwicha y la quinua son los productos principales y la comunidad tiene acceso al río, pero “el reservorio se ha secado”. En Bendición Divina (Santa Rosa, Puno) y Jatun Ayllu (Santa Rosa, Puno), la quinua y la cañihua se cultivan junto con la papa en sistemas dependientes de lluvia. En Hanansaya (Yanque, Arequipa), la quinua se orienta principalmente al mercado (80% venta, 20% autoconsumo), y en Llañucancha (Abancay), el tarwi es alimento principal y se complementa con kiwicha y quinua a menor escala. Las amenazas son heladas, sequías, granizadas, plagas y reducción de pastizales.

En términos de roles, los grupos focales describen la gestión del ecosistema como una actividad compartida y organizada por turnos familiares. Sin embargo, en Pacor el patrón es distintivo. Por la migración masculina, “las labores de la producción de kiwicha y quinua quedan a cargo de las mujeres, quienes hacen todas las labores del campo”, e incluso el manejo del agua (alquiler de motobomba a S/500 por cuatro horas para “jalar agua del río”) y la búsqueda de alternativas para canalizar el recurso hídrico hacia las parcelas. En Hanansaya, Bendición Divina y Jatun Ayllu las labores de suelos y agua son compartidas, con liderazgo masculino moderado en infraestructura. Las mujeres en estas comunidades concentran un rol de observación y manejo cotidiano, identifican señales de estrés del cultivo y proponen ajustes, por ejemplo, priorizar quinua o cañihua según el año, fortalecer cercos vivos o sembrar variedades más resistentes.

Sobre el reconocimiento social, el caso de Pacor es ilustrativo. Aunque las mujeres asumen el ciclo completo, los varones siguen siendo considerados quienes “traen el capital” para las actividades productivas (aporte monetario desde la migración), y las decisiones de venta se reportan tomadas “entre hombres y mujeres juntos”. La gestión del ecosistema, por su naturaleza cotidiana y de cuidado, queda parcialmente invisibilizada como aporte productivo principal cuando se compara con la lógica de “salir a trabajar fuera” asociada al varón migrante. Las propias mujeres reivindican su rol técnico al solicitar capacitación específica en cultivo de kiwicha y manejo de plagas. En las demás comunidades, los talleres no recogen testimonios explícitos sobre asimetrías de reconocimiento en este eslabón.

Gestión de insumos

En las cadenas de granos y legumbres andinas, la gestión de insumos comprende el manejo o compra de semillas, la adquisición de fertilizantes y abonos, el manejo fitosanitario y, cada vez más relevante, el acceso a equipamiento y maquinaria. La

conservación de variedades nativas es importante en Llañucancha (tarwi blanco entero y yana humacha, cuatro variedades de quinua y kiwicha en menor escala), en Bendición Divina (quinua y cañihua de variedades nativas) y en Jatun Ayllu (cañihua para autoconsumo). En Pacor (Cusco), la kiwicha es el cultivo principal con una producción promedio de 3 a 4 topos por familia, y las mujeres reportan que no han recibido capacitación específica para el manejo de plagas ni para el certificado orgánico que les permitiría mejorar los precios. En Hanansaya (Yanque, Arequipa) la asociación de productores de quinua cuenta con una planta y una trilladora alquilable a S/300 por hora.

En términos de roles, el manejo y la conservación de semillas aparece como una tarea recurrentemente vinculada a las mujeres. En los grupos focales, este es un eslabón donde la participación femenina suele ser más marcada por la continuidad del trabajo en el hogar y por el conocimiento asociado a la selección de calidad. En Santa Rosa (Puno), por ejemplo, se mencionó capacitación del INIA vinculada a semillas para hombres y mujeres, lo que refuerza que la semilla es un insumo crítico y una puerta de entrada frecuente de la asistencia técnica.

Mientras tanto, la compra de fertilizantes, abonos y el manejo fitosanitario tiende a recaer más en los varones, sobre todo por la decisión de inversión monetaria y los desplazamientos a la capital provincial. En Pacor, la migración masculina ha trastocado este patrón, ya que son las mujeres quienes “alquilan maquinaria, tractor para la labranza del suelo, trilladora para la trilla y motobomba para jalar agua del río”, asumiendo costos muy altos (S/100/hora el tractor, S/300/hora la trilladora). El equipamiento aparece como una demanda transversal, pues en Bendición Divina (Puno) la “preparación del terreno con maquinaria” es prioridad máxima, en Hanansaya (Arequipa) se requiere mejorar el manejo de suelos y agua, y en Llañucancha (Apurímac) se demanda capacitación técnica en plagas y enfermedades de papa y tarwi.

Sobre el reconocimiento social, las propias mujeres de Pacor reconocen una tensión relevante. Aunque ellas hacen todas las labores y toman decisiones operativas, los varones siguen siendo considerados los proveedores del capital y participan en las decisiones de venta. Esta situación expone una doble carga femenina —trabajo agrícola intensivo y administración del hogar— sin necesariamente un reconocimiento equivalente al peso del aporte productivo. En el resto de las comunidades, no se recogen testimonios específicos sobre esta dimensión para el eslabón de insumos. Lo que sí queda claro es la demanda transversal por capacitación técnica, asistencia para certificaciones y acceso a maquinaria, que las mujeres priorizan particularmente porque mejorarían sus condiciones de trabajo en parcela.

Identificación y preparación de suelos

En las cadenas de granos y legumbres andinas, la identificación y preparación de suelos comprende el análisis del suelo —cuando se realiza—, la preparación del terreno (limpieza, aradura, chacmeo) y la formación de surcos. Es un eslabón fuertemente condicionado por la geografía. En Pacor (Cusco), las parcelas son pequeñas (3 a 4 topos por familia) y se ubican en piso de quebrada cercano al río. En Hanansaya (Yanque, Arequipa) las parcelas están en diversos pisos ecológicos y la asociación de productores de quinua tiene acceso a trilladora. En Bendición Divina (Santa Rosa, Puno) las parcelas se ubican en zonas altoandinas dependientes de lluvia. En Jatun Ayllu y

Tikari Pampa la preparación es manual, y en Llañucancha (Abancay) y Marcuni (Lambrama) la geografía es accidentada. La demanda recurrente es el acceso a tractor y a herramientas que reduzcan el esfuerzo físico.

En términos de roles, la información cualitativa recopilada permite describir la preparación de suelos como una actividad mayoritariamente compartida y organizada por turnos familiares, con un sesgo hacia los varones en las tareas más pesadas. En Pacor (Cusco), la migración masculina hace que las mujeres asuman directamente el alquiler y la coordinación de la maquinaria (tractor para labranza, trilladora para trilla, motobomba para jalar agua del río), pagando precios muy altos y enfrentando la limitación de “no haber recibido capacitación para el manejo de la kiwicha” en condiciones técnicas modernas. En Bendición Divina la preparación con maquinaria es la prioridad máxima de toda la cadena. En Hanansaya (Arequipa), Jatun Ayllu (Puno), Tikari Pampa (Puno), Llañucancha (Apurímac) y Marcuni (Apurímac) los grupos focales describen la participación de hombres y mujeres como conjunta, con la aradura y la formación de surcos más concentradas en los varones por el esfuerzo físico requerido.

Sobre el reconocimiento social, los talleres no recogen, en este eslabón específico, testimonios sobre asimetrías de reconocimiento entre el aporte masculino y el femenino. El caso de Pacor es revelador en otra dirección. Aunque las mujeres asumen integralmente la preparación —desde la decisión de qué variedad sembrar hasta la coordinación con el tractorista— y soportan costos económicos significativos, los varones siguen siendo considerados quienes “traen el capital” para sostener la operación.

Producción

En las cadenas de granos y legumbres andinas, la producción concentra la selección y desinfección de semillas, la siembra, la fertilización y abonamiento, las labores culturales y el corte, emparvado, trillado, venteo y limpieza, además de la cosecha. Es un eslabón sensible a la variabilidad climática. En Bendición Divina (Puno) las heladas “quemán y detienen el crecimiento de quinua y cañihua”, las sequías secan los cultivos y plagas como la paloma y la acona afectan la producción. En Hanansaya (Yanque) la quinua sufre estaciones impredecibles. En Pacor (Cusco) el 30% de la kiwicha se pierde por falta de agua y la incidencia de plagas aumenta. En Llañucancha (Abancay) se reportan heladas, granizadas y sequías que afectan al tarwi y a la kiwicha, y en Jatun Ayllu y Tikari Pampa (Puno) las heladas y sequías son la principal amenaza.

En términos de roles, los grupos focales coinciden en que la producción de granos es una actividad compartida entre hombres y mujeres. En Bendición Divina los grupos focales afirman que ambos “participan en todas las etapas: cuidado, siembra, cosecha, clasificación, procesamiento y venta”. En Jatun Ayllu y Tikari Pampa la descripción es similar. En Llañucancha “hombres y mujeres participan en todas las fases de papa nativa y tarwi” y “las mujeres realizan el 75–80% de la venta”. En Hanansaya la participación es igualitaria y las mujeres “participan en siembra, cosecha, clasificación y procesamiento de forma igualitaria”. El caso distintivo es Pacor, donde el cultivo de kiwicha y quinua “queda a cargo de las mujeres, quienes hacen todas las labores del campo” debido a la migración masculina. La selección y desinfección de semillas, así como las labores culturales menos pesadas, tienden a concentrarse más en las mujeres,

mientras que la trilla y la cosecha en bloque suelen recaer un poco más en los hombres por el esfuerzo físico.

Sobre el reconocimiento y la orientación al mercado, el caso más ilustrativo del cierre de brecha es Hanansaya, donde la quinua se destina en 80% al mercado y los participantes describen una participación femenina igualitaria en todas las fases del cultivo, sin reversión del rol cuando hay orientación comercial. En Pacor, donde la kiwicha y la quinua se venden a acopiadores que llegan a la comunidad a precios bajos (S/11.62/kg en temporada baja, S/14/kg en alta), las mujeres reivindican explícitamente la necesidad de “ganar más” mediante asociación, certificación y mejor producción. Esta demanda autocrítica de las propias mujeres muestra que ellas se perciben como productoras plenas y no solo como soporte familiar, aunque el entorno (acopiadores, instituciones, sistema crediticio) las trate todavía como “pequeñas productoras sin garantías”.

Acopio

En las cadenas de granos y legumbres andinas, el acopio comprende el recojo, agrupamiento y almacenamiento del producto, así como el transporte y la entrada al circuito de comercialización. La situación más generalizada es la ausencia de centros de acopio comunales. En Pacor (Cusco) los acopiadores llegan directamente a las casas. En Hanansaya (Yanque, Arequipa) la quinua sale a Arequipa por la trilladora comunal y la planta de quinua. En Bendición Divina (Puno) las familias venden a intermediarios o a consumidores directos en ferias, con precios que pueden variar entre S/6 y S/14 por kilo de quinua según el comprador. En Llañucancha (Abancay) la kiwicha y la quinua se mueven a través de intermediarios y ferias de carnaval, y en Marcuni (Lambrama) los granos son secundarios y se destinan al autoconsumo. La demanda transversal es por organización para venta conjunta y un centro de acopio comunal.

En términos de roles, el recojo y agrupamiento se reporta como una actividad compartida entre hombres y mujeres. El transporte —cuando implica desplazamiento al mercado provincial o a Arequipa o Abancay— suele recaer más en los hombres, por la dimensión de fuerza física, disponibilidad de movilidad y permanencia fuera del hogar. La venta directa en ferias, por el contrario, es liderada mayoritariamente por mujeres. En Llañucancha “las mujeres realizan el 75–80% de la venta de productos”, en Bendición Divina “las mujeres también realizan la venta”, y en Pacor, dado que muchos varones han migrado, son las mujeres quienes se ocupan del acopio y la negociación con compradores. La encuesta documenta cómo esa concentración femenina en la venta no se traduce en mejores ingresos en ninguna de las cadenas, ya que en quinua los ingresos promedio por venta son S/1,615 cuando solo el hombre vende y S/1,048 cuando solo la mujer (con un máximo cuando ambos venden de S/2,160); en cañihua, los hogares donde solo el hombre vende reportan una mediana de S/4,996 frente a S/1,470 cuando solo vende la mujer; en kiwicha, S/4,980 frente a S/3,025; en tarwi, S/240 frente a S/233. Los precios promedio por kilo son S/7 en quinua y kiwicha, S/11 en cañihua y S/8 en tarwi.

Sobre la orientación al mercado y el reconocimiento social, se identifican casos particulares. Por ejemplo, en el caso de Pacor, aunque las mujeres asumen todo el proceso de acopio y comercialización, los precios que reciben son bajos por la falta de

organización y certificación (“S/11.62/kg en temporada baja”). Ellas reivindican explícitamente formar una asociación para vender de manera articulada y certificada, conscientes de que su producto podría tener mercados orgánicos internacionales. En Hanansaya, donde la quinua se exporta —con una experiencia previa fallida por adulteración del producto—, las decisiones comerciales se toman en la asociación de productores de quinua con participación femenina activa. En Llañucancha, aunque las mujeres concentran la venta directa, las decisiones sobre el destino del ingreso “siguen recayendo mayormente en los hombres del hogar”. Aparece, así, una asimetría conocida, ya que las mujeres ejecutan la venta, pero no necesariamente controlan el ingreso resultante

Poscosecha

En las cadenas de granos y legumbres andinas, la poscosecha tiene un peso técnico particular, ya que requiere limpieza (zaranda y venteo), desamargado en el caso de la quinua y el tarwi (lavado o tratamiento térmico para retirar saponinas y alcaloides), secado prolongado al sol y clasificación por calidad. Sin estas etapas, los granos no son comercializables ni siquiera para autoconsumo. En Bendición Divina (Puno) las familias hacen “transformación parcial en harina de quinua y cañihua” después del secado. En Tikari Pampa (Macusani) los granos pasan por el ciclo tradicional de limpieza y desamargado en el hogar. En Llañucancha (Abancay) los productores reportan equipos básicos para procesar harina de chuño y tarwi como una necesidad. En Hanansaya (Yanque) la quinua va a una planta de quinua de la asociación, lo que cambia parcialmente la dinámica, y en Pacor (Cusco) la limpieza y el desamargado se hacen en el hogar con las mujeres a cargo.

En términos de roles, este eslabón es uno de los más claramente liderados por mujeres en todas las comunidades. La limpieza, el desamargado, el secado y la clasificación final aparecen como tareas mayoritariamente femeninas, descritas en los talleres como continuación natural del procesamiento doméstico y de la responsabilidad del cuidado alimentario. En Hanansaya las mujeres participan en el procesamiento “de forma igualitaria” con los hombres en la planta comunitaria. En Llañucancha las mujeres concentran la mayor parte del procesamiento y la venta directa. En Bendición Divina la transformación parcial a harinas es una actividad doméstica liderada por mujeres. En Tikari Pampa el desamargado de la cañihua es trabajo femenino, y en Pacor las mujeres asumen todo el ciclo. Los hombres aparecen marginalmente en tareas que requieren mayor esfuerzo físico.

Sobre el reconocimiento social, este eslabón presenta una asimetría conocida que vale la pena retomar. Cuando los varones nombran a las mujeres como “más detallistas” y reconocen su participación mayoritaria en el procesamiento (Miraflores: 90% femenino, 10% masculino asociado a esfuerzo físico), están reconociendo el aporte femenino al mismo tiempo que lo encapsulan en una habilidad “naturalizada” que no necesariamente se traduce en mejor remuneración o decisión sobre el destino del producto. En Pacor, donde las mujeres lideran integralmente el procesamiento, su reivindicación pasa por recibir capacitación técnica formal en el manejo de la kiwicha y la quinua, certificación orgánica y participación en redes de comercialización.

Transformación

En las cadenas de granos y legumbres andinas, la transformación tradicional se concreta en la producción de harinas (de quinua, cañihua, kiwicha y tarwi) y, en menor medida, en la elaboración de hojuelas, pop, *snacks*, galletas y bebidas. La encuesta muestra que la incidencia de derivados varía dramáticamente entre cadenas, ya que el 66% de los hogares que producen cañihua elabora algún derivado (con una brecha notable entre hogares de jefatura masculina, 72%, y femenina, 47%); en quinua solo el 9% elabora derivados (sube a 22% en hogares con crédito); en kiwicha el 7%; y en tarwi apenas el 3% (la más baja de toda la muestra). La transformación tradicional aparece en Bendición Divina (Puno), donde las familias hacen harina de quinua y cañihua a nivel doméstico; en Llañucancha (Abancay) los productores demandan equipos para procesar harina de chuño y tarwi y mencionan la posibilidad de elaborar galletas; en Hanansaya (Yanque, Arequipa) la asociación de productores de quinua tiene una planta de quinua; y en Pacor (Cusco) las mujeres mencionan la aspiración de aprender a procesar quinua y kiwicha en harina tostada, hojuelas, *pop corn* y *chips*, y contar con una planta procesadora comunal.

En términos de roles, la transformación tradicional aparece como una actividad mayoritariamente liderada por mujeres. En Hanansaya las mujeres participan en el procesamiento “de forma igualitaria” con los hombres, aunque la dirección operativa de la planta es comunitaria. En Llañucancha la producción de harinas para consumo y venta limitada está concentrada en mujeres. En Bendición Divina la transformación parcial a harinas es una tarea doméstica femenina, y en Pacor las mujeres aspiran a liderar también la transformación industrial mediante una planta comunal. La transformación industrial, en las comunidades donde aún no existe, requeriría inversión, capacitación técnica especializada y acceso a mercados. Los grupos focales no recogen información diferenciada por género para esos procesos.

Sobre el reconocimiento y la orientación al mercado, este eslabón concentra una de las brechas más relevantes para la política pública. Las mujeres lideran la transformación tradicional y aspiran a liderar la industrial, pero el sistema institucional —certificaciones, créditos, asistencia técnica— sigue tratándolas como “pequeñas productoras sin garantías” (Pacor). La encuesta confirma esa brecha estructural en el acceso a crédito agropecuario, ya que solo el 3% de los hogares accede a crédito agropecuario y, cuando una solicitud es rechazada, la “falta de garantía” concentra el 25% de los motivos en mujeres frente al 13% en hombres. Las propias mujeres reivindican que la formación de una asociación y el acceso a certificación les permitiría ganar más. En Hanansaya, la asociación de productores de quinua muestra que cuando la organización existe, las mujeres ocupan un rol equiparable al masculino en la planta.

4.3 Cadena de valor de alpaca

La cadena de la alpaca es una de las más complejas y estratégicas en la economía altoandina, porque articula tres subcadenas con dinámicas diferenciadas: fibra, carne y, en menor medida, piel/cuero. Asimismo, existe una estrecha vinculación con la cadena de artesanía. La encuesta ubica a la alpaca como la segunda cadena en presencia muestral, con 368 productores y productoras, equivalente al 40% del total de la muestra.

Los talleres muestran que la participación de hombres y mujeres es amplia, pero no homogénea. Las mujeres sostienen el trabajo cotidiano de manejo del ganado y tienen un rol predominante en la clasificación y transformación artesanal de la fibra, mientras que los hombres tienden a asumir con mayor frecuencia la gestión comunal, la interlocución con compradores externos y ciertas decisiones estratégicas (por ejemplo, la venta de animales en pie o la articulación institucional). Esta distribución de responsabilidades se ajusta según territorio, organización existente y oportunidades de mercado.

La siguiente Figura detalla las actividades internas de cada etapa (manejo de bofedales y pastizales; alimentación, sanidad y mejoramiento genético; esquila y selección; recolección, categorización y clasificación; y procesos de transformación textil y cárnica).

Figura 4. Nivel de participación de productores y productoras en las distintas etapas de la cadena de valor de alpaca, por etapa de la cadena de valor



Fuente: Levantamiento de información cualitativa a través de talleres en las regiones de Apurímac, Arequipa, Cusco, Puno y Lima-Yauyos. Elaboración: APOYO Consultoría.

Gestión de ecosistemas: manejo de bofedales y pastizales

En la cadena de la alpaca, la gestión del ecosistema comprende la conservación de bofedales, el manejo sostenible de praderas altoandinas y la gestión del recurso hídrico mediante *qochas*, andenes y otras obras de cosecha de agua. Es la base productiva de toda la cadena, ya que sin bofedales saludables no hay alimento para las alpacas. Es un eslabón fuertemente impactado por el cambio climático. En Phinaya (Pitumarca, Cusco) las sequías de 2022 redujeron pastizales y elevaron la mortalidad de crías. En Challhuanca y Tolconi (Arequipa) los participantes destacan que “es necesario continuar con la capacitación para el cuidado de la ganadería de altura frente al cambio climático, lo que incluye el manejo del agua, el pasto, la sanidad y la protección contra las heladas”. En Jatun Ayllu y Tikari Pampa (Puno) la reducción de pastizales aparece como una amenaza estructural, y en Miraflores y Tomas (Yauyos) las sequías han forzado a buscar alternativas.

En términos de roles, los grupos focales describen la gestión del ecosistema asociada a la alpaca como una actividad mayoritariamente masculina, justificada por las distancias del pastoreo y la naturaleza del trabajo en bofedales y praderas alejadas. En Challhuanca y Tolconi (Arequipa) los participantes señalan que las distancias en las praderas hacen que “los hombres se dediquen al manejo del ganado en las praderas” mientras “la mujer también participa, pero es una responsabilidad del hombre”. En Phinaya el patrón es similar. En Tomas (Yauyos), donde las familias “se turnan semanalmente para el trabajo en las estancias”, la participación es más equitativa porque la organización rotatoria distribuye la responsabilidad. En Tolconi específicamente, los participantes del taller sostenido afirman que “hombres y mujeres comparten gestión de ecosistemas, crianza, sanidad, alimentación, procesamiento y venta”, y que “no se mencionan brechas de género” significativas. En Jatun Ayllu el cuidado y manejo es compartido, “solo mujeres participan en alimentación”.

En esta etapa, hombres y mujeres participan activamente. Sin embargo, los hombres suelen estar más presentes en actividades comunales o de infraestructura (faenas, acuerdos sobre uso de pastos, mantenimiento de cercos), mientras que las mujeres sostienen el monitoreo cotidiano del hato y del entorno. Son ellas quienes detectan cambios en disponibilidad de pasto y ajustan rutas o tiempos de pastoreo. Este rol cotidiano, si bien es menos visible en espacios formales de decisión, es central para la estabilidad productiva.

Sobre el reconocimiento social, la gestión del ecosistema alpaquero queda casi siempre asociada al rol masculino del “pastor” o “ganadero”, con un reconocimiento social claro que se construye sobre la fuerza física, la resistencia y la disponibilidad para ausentarse del hogar por días. El aporte de las mujeres suele leerse como una contribución de apoyo, no como parte del manejo técnico del ecosistema. Cuando los hombres migran (Phinaya), las mujeres asumen “casi toda la responsabilidad productiva, además del cuidado”, lo que evidencia que la capacidad técnica está presente, pero queda invisibilizada bajo el rol primario del varón.

Crianza y manejo productivo: alimentación, sanidad y mejoramiento genético

En la cadena de la alpaca, la crianza comprende la alimentación del ganado, la sanidad, la reproducción y el mejoramiento genético. Es un eslabón crítico porque define la calidad de la fibra, ya que un mejor manejo de pastos, sanidad y reproductores se traduce en finura, color y peso del vellón. En Challhuanca y Tolconi (Arequipa) la calidad de la fibra es el principal argumento para acceder al precio “Refugio” de Mitchell — S/20.5 por libra con RAS, frente a S/10–12 sin él—. En Phinaya (Pitumarca, Cusco) los productores señalan la sanidad animal como demanda de capacitación prioritaria. En Tomas (Yauyos) el mes de marzo concentra la temporada alta de esquila y un buen productor puede generar S/2,000–3,000 anuales por la venta de fibra. La demanda transversal incluye reproductores seleccionados, cobertizos para proteger al ganado de heladas y capacitaciones en sanidad práctica.

En términos de roles, los grupos focales describen la crianza como una actividad familiar con participación de hombres y mujeres, aunque con un equilibrio de género distinto al de la gestión del ecosistema. La alimentación del ganado aparece como una tarea con liderazgo femenino. En Jatun Ayllu (Santa Rosa, Puno) “solo mujeres participan en alimentación”, y en Tikari Pampa “las mujeres participan en sanidad, alimentación, procesamiento y venta”. La sanidad animal es otro espacio de liderazgo femenino, ya que en Challhuanca (Yanque) “las mujeres se encargan más del uso de plantas medicinales para sanidad”, aportando saberes ancestrales que complementan o reemplazan a los productos veterinarios formales. La reproducción y el mejoramiento genético, en cambio, suelen recaer más en los varones por la dimensión técnica formal asociada a programas de Procompite y Agroideas y por la decisión de inversión que implican. La encuesta confirma este sesgo institucional en el acompañamiento técnico, ya que en la cadena alpaquera el 13% de los hombres reciben asistencia técnica frente al 9% de las mujeres — la brecha más amplia de todas las cadenas. En Tolconi y Hanansaya la crianza se describe como compartida sin distinciones marcadas.

Sobre el reconocimiento social, la crianza es un eslabón donde el aporte femenino aparece nombrado, pero queda subordinado en términos de visibilidad técnica. Las mujeres son reconocidas como cuidadoras —el saber sobre plantas medicinales, la atención cotidiana al ganado, la alimentación— pero el liderazgo formal en las decisiones de reproducción y comercialización suele atribuirse al varón. En Phinaya, cuando los hombres migran, las mujeres asumen también la reproducción y el manejo sanitario sin que ese trabajo se traduzca necesariamente en un mayor reconocimiento dentro de las redes externas (Agrobanco, Procompite, intermediarios). En Tomas (Yauyos), donde el trabajo se organiza por turnos familiares semanales, no se reportan brechas significativas.

Producción: esquila, selección y beneficio

En la cadena de la alpaca, la producción incluye la selección para esquila, la esquila propiamente dicha, la selección para saca y beneficio, y la selección para venta de reproductores. Es un eslabón muy concentrado en una temporada, ya que marzo es el mes principal de esquila en Tomas (Yauyos), Phinaya (Cusco), Jatun Ayllu (Puno), Challhuanca y Tolconi (Arequipa). La encuesta muestra las brechas de escala y precio que arrastra este eslabón, ya que entre los hogares productores que venden, el

promedio de fibra producida es de 50 libras (desde 20 hasta 110 libras). En hogares de jefatura masculina la mediana llega a 53 libras y en jefatura femenina a 30 libras. Por región, Cusco lidera con un promedio de 169 libras, seguido por Puno (42 libras), Arequipa (40 libras) y Apurímac (12 libras). El precio promedio por libra es de S/16.50, con S/19 en Apurímac, S/18.75 en Cusco, S/18 en Arequipa y S/16.33 en Puno. Los hogares asociados reciben S/17.50 frente a S/16.33 en los no asociados.

En términos de roles, la esquila aparece como una actividad mayoritariamente masculina por la fuerza física que requiere. En Phinaya los grupos focales afirman explícitamente que “la esquila es mayoritariamente realizada por hombres (por requerir fuerza)”. En Jatun Ayllu “solo hombres en procesamiento” de alpaca. En Tomas, sin embargo, la esquila se realiza “de manera conjunta entre hombres y mujeres” con turnos semanales. La selección para esquila, para saca y para venta de reproductores tiende a discutirse a nivel familiar pero la decisión final suele recaer en los varones por la asociación entre venta de fibra/carne y el manejo monetario. Las mujeres aparecen en la selección de fibra durante la propia esquila (separando vellones por color y calidad) y en la atención de los animales durante el día. En Tolconi y Hanansaya el patrón es más equitativo.

Sobre el reconocimiento social y la orientación al mercado, el eslabón de producción es uno de los más visibles externamente y por eso uno donde el rol masculino queda más fuertemente afirmado. El esquilador es reconocido como el técnico principal y suele ser el interlocutor con los compradores que llegan a la parcela en temporada alta. En Tomas se demanda capacitación en uso de maquinaria moderna porque los productores “aún emplean tijeras tradicionales que se encuentran obsoletas”. En Challhuanca, donde el RAS exige clasificación técnica, las mujeres participan en la clasificación de la fibra durante la esquila y eso les abre un espacio de reconocimiento técnico que vale la pena destacar.

Acopio y valor agregado primario: recolección, categorización y clasificación

En la cadena de la alpaca, el acopio y valor agregado primario incluye la recolección y registro de la fibra esquilada, la categorización por finura y color, la clasificación de calidad, el manejo de la carne (beneficio, limpieza, conservación) y el manejo de la piel. En Challhuanca y Tolconi (Arequipa) la venta a Mitchell mediante el RAS requiere que la fibra esté categorizada y clasificada según estándares. En Tomas (Yauyos) los productores demandan capacitación en clasificación y categorización. En Phinaya (Cusco) el centro de acopio comunal es una aspiración para concentrar volumen y mejorar la negociación con empresas, y en Jatun Ayllu, Tikari Pampa y otras comunidades de Puno el acopio sigue siendo individual y se vende a intermediarios o a la empresa cuando hay convenio.

En términos de roles, la categorización y la clasificación de fibra es una actividad reportada como predominantemente femenina. En Challhuanca, las mujeres “realizan clasificación por color y calidad, cardado, hilado, torcido y lavado”. En Tolconi, las 30 artesanas concentran la clasificación cuando la fibra se destina a artesanía. En Jatun Ayllu y Tikari Pampa las mujeres participan en la selección y clasificación. El manejo de la carne y el manejo de la piel son tareas menos visibles en los talleres y suelen

describirse como compartidas o lideradas por hombres por la dimensión de fuerza física asociada al beneficio del animal.

Sobre el reconocimiento social, este eslabón presenta un contraste interesante. La habilidad técnica de las mujeres para clasificar fibra es reconocida explícitamente y se convierte en condición de acceso al precio *premium* del RAS (Challhuanca y Tolconi), pero ese reconocimiento técnico no siempre se traduce en mayor poder de decisión sobre la venta. En Tolconi, donde la asociación tiene 40% de participación femenina, las mujeres han ganado espacio en las decisiones. En Challhuanca, la venta sigue siendo gestionada por la empresa Mitchell con liderazgo masculino en la negociación. Aparece, así, una asimetría persistente, pues la fibra mejor clasificada paga mejor pero el precio final lo negocia mayoritariamente el varón.

Transformación textil y cárnica

En la cadena de la alpaca, la transformación incluye la transformación tradicional de la fibra (descerchado, lavado, cardado, peinado, hilado, tejido y confección de prendas y artesanías) y el procesamiento industrial de carne y piel (charqui, embutidos, curtido, cuero). La encuesta muestra una elaboración doméstica de derivados extendida, ya que el 56% de los hogares productores de alpaca elabora algún derivado, con incidencia ligeramente mayor en hogares de jefatura femenina (58%) que masculina (55%) — un patrón inverso al de papa nativa. La transformación tradicional es central en todas las comunidades alpaqueras visitadas. En Challhuanca (Yanque) la asociación Sunaq Tikari agrupa a artesanas mujeres y produce chompas, chalinas, mantas y chullos. En Tolconi (Chachas) hay otras 30 artesanas. En Marcuni (Apurímac) el Club de Madres tiene 6 tejedoras y 2 varones. En Tomas y Miraflores (Yauyos) la artesanía es complementaria y poco desarrollada, y en Phinaya (Cusco) la transformación es básica y orientada al uso propio y venta limitada.

En términos de roles, la transformación textil es el eslabón más claramente liderado por mujeres en toda la cadena. En Challhuanca, “una vez que se vende la fibra a Mitchell se separa alguna proporción de la fibra para la elaboración de las artesanías. A partir de ahí la mujer es la responsable de todas las actividades del procesamiento de la lana como el cardado, lavado, secado, hilado, volteado y la confección de la artesanía”. En Tolconi, la artesanía es realizada por artesanas con participación marginal de los varones. En Marcuni, las 6 tejedoras lideran la producción del Club de Madres y la venta en fiestas comunales y al mercado de Abancay. En Llañucancha, la producción textil y la venta son llevadas adelante por mujeres, y en Hanansaya, la asociación Sunaq Tikari es dirigida por mujeres y orientada a venta a turistas. El procesamiento industrial de carne y piel no está presente en las comunidades visitadas.

Sobre el reconocimiento social y la orientación al mercado, la transformación textil es el eslabón donde el liderazgo femenino es más visible y simultáneamente más restringido en términos de precio. La encuesta documenta cómo el trabajo de transformación se sostiene principalmente en mano de obra familiar no remunerada, ya que en la cadena de producción de alpaca la contratación laboral externa muestra una brecha aguda — solo el 14% de los hogares contrata hombres y apenas el 4% contrata mujeres. En Challhuanca, las artesanas “se están presentando a un Procompite para poder mejorar su maquinaria” y mencionan que necesitan máquinas semi-industriales, mejoras de

diseño, marca y certificación para acceder a mejores precios. En Tolconi, el mercado de artesanía es “inexistente” pese a tener producto acumulado. Las mujeres en estas comunidades son reconocidas como artesanas y como motores de un eslabón que genera ingresos complementarios al hogar, pero esa identidad —“la mujer artesana”— suele venir acompañada de precios bajos, dependencia del turismo y dificultad para acceder a canales de comercialización formal.

4.4 Cadena de valor de vicuña

La cadena de valor de la vicuña se distingue de manera fundamental del resto de cadenas analizadas porque su manejo es comunitario: la vicuña es un recurso silvestre bajo un régimen de aprovechamiento regulado, donde las decisiones, el trabajo y los beneficios se organizan a través de la comunidad (y, en algunos casos, de asociaciones). Esto condiciona la distribución de roles por género, ya que la participación no depende solo del hogar o la unidad productiva, sino de acuerdos comunales, turnos, reglas internas y la coordinación con instituciones públicas, donde la participación de hombres y mujeres está condicionada a la estructura de gobernanza de cada comunidad.

En este marco, SERFOR cumple un rol clave en el funcionamiento de la cadena, al establecer lineamientos, autorizar y supervisar el aprovechamiento, e intervenir (en la práctica) de forma directa en hitos críticos del proceso (particularmente la esquila) mediante personal especializado o bajo protocolos específicos. Por ello, la cadena de la vicuña tiene menos eslabones privados y más momentos colectivos, y la autonomía local para capturar valor agregado está más acotada que en cadenas como alpaca o granos.

La siguiente Figura resume la participación de hombres y mujeres por eslabón. A continuación, se presenta el análisis cualitativo por etapa, incorporando los hallazgos reportados en los talleres donde se abordó vicuña, principalmente en Arequipa y Apurímac.

Figura 5. Nivel de participación de productores y productoras en las distintas etapas de la cadena de valor de vicuña, por etapa de la cadena de valor



Fuente: Levantamiento de información cualitativa a través de talleres en las regiones de Apurímac y Arequipa. Elaboración: APOYO Consultoría.

Gestión de ecosistemas

En la cadena de la vicuña, la gestión del ecosistema comprende la conservación de bofedales, el manejo sostenible de praderas altoandinas y la gestión del recurso hídrico. A diferencia de la alpaca, la vicuña es una especie silvestre que se aprovecha mediante chaccu autorizado por SERFOR, por lo que la conservación del hábitat es condición regulatoria y económica para mantener la actividad. Las comunidades documentadas en los grupos focales son Qonchaccota (Progreso, Apurímac) y Tolconi (Chachas, Arequipa), que reportan más de 20,000 vicuñas distribuidas entre tres asociaciones (APROMAVIT, ASCOVIT, HUAYTAPALCA) con 140, 76 y 65 familias respectivamente. Cada asociación cuenta con un 40% de participación femenina, y en Qonchaccota la actividad complementa la crianza de alpacas, ovinos y vacunos, y la elaboración de artesanía textil.

En términos de roles, la gestión del ecosistema de la vicuña sigue un patrón similar al de la alpaca, pues los hombres concentran las tareas de pastoreo y vigilancia comunal porque exigen desplazamientos a las praderas altas, mientras que las mujeres acompañan en sanidad y observación cotidiana. En Tolconi se reporta de manera explícita que “hombres y mujeres comparten gestión de ecosistemas, crianza, sanidad, alimentación, procesamiento y venta”, y que “no se mencionan brechas de género” significativas. En Qonchaccota el manejo silvestre se realiza con coordinación comunal de varones y mujeres.

Sobre el reconocimiento social y la orientación al mercado, este eslabón sostiene la cadena, pero queda parcialmente invisibilizado. La conservación del hábitat es condición de la habilitación del chaccu y por tanto de los precios premium que las empresas autorizadas pagan (APROMAVIT vende a S/ 280/kg al acopiador). Esa conservación es un trabajo distribuido entre toda la comunidad, no exclusivamente de los productores de vicuña, y por tanto el aporte específico —incluido el femenino— queda integrado al colectivo comunal. En esas asociaciones, la participación femenina del 40% es un dato relevante para reconocimiento formal, aunque los talleres no detallan si esa participación se traduce en liderazgo de decisiones o en cumplimiento de cuotas formales.

Extracción de fibra

En la cadena de la vicuña, la extracción de fibra se realiza mediante el chaccu, una práctica ancestral autorizada por SERFOR que comprende el impulso y arreo de los animales hacia un cerco temporal, la captura, la selección de las vicuñas por esquilar (privilegiando a las que tienen suficiente fibra y descartando crías y gestantes) y la esquila técnica realizada por personal autorizado por SERFOR. El precio de la fibra de vicuña es muy alto —S/ 280/kg al acopiador en Tolconi—, lo que convierte al chaccu en un evento productivo importante. En Qonchaccota y Tolconi el chaccu se realiza una vez al año, con organización comunal coordinada con SERFOR.

En términos de roles, los grupos focales reportan que el chaccu es una actividad comunal que involucra a toda la comunidad. En Qonchaccota se indica que “ambos cuidan y pastorean alpacas, llamas y ovinos” y que el chaccu es un trabajo coordinado de varones y mujeres durante el arreo. En Tolconi, los grupos focales son particularmente explícitos, pues “ambos géneros participan por igual en el chaccu”. La

esquila técnica regulada por SERFOR concentra al personal autorizado, mayoritariamente masculino, y las decisiones formales (registro, pesado, etiquetado, lacrado) recaen en quienes tienen la certificación SERFOR, predominantemente hombres.

Sobre el reconocimiento social, este eslabón presenta una brecha estructural. Aunque la participación operativa en el chaccu es paritaria —el arreo y la captura involucran a varones y mujeres por igual—, el liderazgo técnico y formal en la esquila, el pesado y el manejo regulatorio queda concentrado en los varones autorizados por SERFOR. Es una brecha que las mujeres en Tolconi y Qonchaccota podrían cerrar mediante capacitación específica y habilitación formal por parte de SERFOR. La participación femenina del 40% en las asociaciones muestra que hay una base organizativa que podría sostener este reconocimiento formal si la regulación se adapta y la asistencia técnica se dirige específicamente a las mujeres.

Procesamiento primario

En la cadena de la vicuña, el procesamiento primario se realiza inmediatamente después de la esquila y comprende la limpieza, el envellonado (formación de los vellones), el embolsado y el pesado, etiquetado, sellado y lacrado por personal SERFOR autorizado. Cada lote queda con trazabilidad formal antes de ser entregado a la empresa autorizada para su transformación industrial. En Qonchaccota y Tolconi este procesamiento se realiza en el sitio del chaccu, con la coordinación de las asociaciones.

En términos de roles, las tareas de limpieza, envellonado y embolsado aparecen como compartidas entre hombres y mujeres en el momento del chaccu, con liderazgo femenino moderado en la limpieza y selección de la fibra de mayor calidad —tarea similar a la clasificación que las mujeres realizan para la alpaca—. El pesado, etiquetado y lacrado, por estar reguladas por SERFOR, las realiza personal autorizado, mayoritariamente masculino. Sin embargo, la participación está condicionada por dos factores: (i) la especialización técnica (quién está capacitado para ciertas tareas) y (ii) la posición en la organización comunal (quién ocupa roles formales). Cuando el procesamiento incluye selección, ordenamiento, almacenamiento y registro, las mujeres pueden tener participación importante, especialmente en tareas de organización y control interno. Sin embargo, la autoridad técnica y regulatoria de SERFOR reduce la capacidad local de diversificar funciones y construir especialización propia, lo corre el riesgo de limitar oportunidades de aprendizaje y control comunitario del eslabón. Al respecto, las mujeres podrían asumir la certificación SERFOR para etiquetado y lacrado, pero ello requeriría dirigir programas de capacitación específica a las mujeres de las asociaciones APROMAVIT, ASCOVIT y HUAYTAPALCA.

Transformación

En la cadena de la vicuña, la transformación industrial —descerdado, lavado, peinado, hilado, tejido en hilos y prendas— se realiza generalmente fuera de las comunidades, en plantas industriales que reciben la fibra trazada por SERFOR. Una parte minoritaria se destina a la elaboración de artesanías comunitarias, donde la fibra se trabaja por hilado y tejido tradicional. En Qonchaccota se reporta la producción de “Iliqllas, chumpis, chullos y talegas” usando fibra de vicuña y otros animales, y en Tolconi las 30 artesanas trabajan también con fibra de vicuña cuando se destina a artesanía local.

En términos de roles, la transformación textil orientada a artesanía es claramente femenina, en línea con el patrón de la alpaca. Las mujeres realizan el descordado fino, el hilado y el tejido, y son quienes producen las piezas que se venden a turistas o en ferias locales. La transformación industrial se realiza fuera de las comunidades por empresas autorizadas, donde la composición laboral no fue documentada en los grupos focales.

Sobre el reconocimiento y la orientación al mercado, esta es una de las cadenas con mayor brecha entre el aporte productivo y la captura de valor. La fibra de vicuña se vende a S/ 280/kg al acopiador y, una vez transformada, alcanza precios mucho más altos en mercados internacionales de lujo (en los que tradicionalmente participan marcas italianas). La transformación industrial se realiza por completo fuera del territorio comunal y por tanto el valor agregado no retorna a las mujeres que sostienen los eslabones previos. Esa estructura, más que una brecha de reconocimiento entre hombres y mujeres dentro del hogar, expresa una asimetría territorial que limita estructuralmente la capacidad de las mujeres comunarias de capturar valor por su aporte.

4.5 Cadena de valor de turismo comunitario

La participación de hombres y mujeres en turismo comunitario presenta un patrón condicionado por las restricciones estructurales del territorio. La actividad turística, si bien existe en algunos territorios, es precaria e intermitente debido a la lejanía, el difícil acceso y la débil articulación con operadores y mercados, lo que limita la generación de ingresos sostenidos.

La siguiente Figura resume la participación de hombres y mujeres por eslabón de la cadena, desde la gestión de ecosistemas hasta el servicio turístico y consumo final. A continuación, se desarrolla el análisis cualitativo siguiendo la secuencia de actividades presentada en el flujo de la cadena.

Figura 6. Nivel de participación de productores y productoras en las distintas etapas de la cadena de valor de turismo comunitario, por etapa de la cadena de valor



Fuente: Levantamiento de información cualitativa a través de talleres en las regiones de Apurímac, Arequipa, Cusco, Puno y Lima-Yauyos. Elaboración: APOYO Consultoría.

Gestión de ecosistemas y atractivos

En la cadena del turismo comunitario, la gestión de ecosistemas y atractivos comprende la conservación de bofedales y praderas altoandinas, el manejo sostenible del recurso hídrico, la conservación de flora y fauna y el cuidado de paisajes que constituyen el atractivo principal. Es el sostén productivo de la oferta turística, ya que sin un ecosistema bien conservado no hay propuesta de valor para los visitantes. Las comunidades con cadena de turismo documentadas son Hanansaya (Yanque, Valle del Colca, Arequipa), Miraflores (Yauyos) y Llañucancha (Abancay, Apurímac). En Yanque la oferta combina baños termales, kayak en el río Colca y turismo vivencial, en cercanía a Chivay y al Cañón del Colca. En Miraflores el turismo es incipiente y se exploran senderismo, rapel y escalada, y en Llañucancha se realizan eventos comunales (hípica, toros, motocross) que convocan visitantes.

En términos de roles, la gestión de ecosistemas para turismo se cruza con la gestión de ecosistemas agropecuarios y por tanto sigue patrones similares. Los hombres concentran las tareas de mantenimiento de senderos, la gestión de bofedales y praderas, y la vigilancia comunal, mientras que la conservación de flora, fauna y paisajes aparece como una actividad compartida entre hombres y mujeres. En Yanque “toda la comunidad participa en turismo”, con liderazgo masculino en la presidencia comunal y las decisiones de planificación territorial, y en Llañucancha hombres y mujeres participan colectivamente en los eventos turísticos.

Sobre el reconocimiento social, el aporte femenino a la gestión del ecosistema en función del turismo queda generalmente invisibilizado porque el rol visible —presidencia comunal, representación frente a operadores, planificación territorial— está asociado a los varones. En Yanque, las decisiones sobre el desarrollo del turismo de aventura se toman lideradas por el actual presidente comunal, lo que muestra que el eslabón de planificación tiene una composición masculina marcada. Las mujeres aportan al cuidado del entorno con prácticas cotidianas, pero no necesariamente con voz en las decisiones formales.

Intermediación turística

En la cadena del turismo comunitario, la intermediación turística comprende la interacción con turistas, la planificación de rutas turísticas, la coordinación logística, la articulación con operadores externos y la publicidad de los destinos. Es el eslabón que conecta la oferta comunitaria con la demanda externa, articulando agencias en Cusco, Puno, Arequipa, Lima y operadores internacionales que canalizan turistas hacia las comunidades. En Yanque (Valle del Colca, Arequipa), la cercanía a Chivay implica una llegada permanente de turistas traídos por agencias. En Miraflores (Yauyos) los productores reconocen la necesidad de “hacer un plan turístico” y “recibir capacitación para el desarrollo del plan y para la atención al turista”, y en Llañucancha la intermediación es comunal y se enfoca en eventos puntuales.

En términos de roles, la intermediación turística es un eslabón con liderazgo predominantemente masculino. La planificación de rutas, la coordinación logística y la articulación con operadores y comunidades se reporta a cargo de los varones, especialmente de la presidencia comunal o de los responsables electos de turismo. En

Yanque el actual presidente comunal lidera la promoción del turismo de aventura. La interacción directa con turistas, en cambio, es un espacio más compartido, pues hombres y mujeres atienden a los visitantes, aunque las mujeres concentran las tareas de hospedaje familiar, atención al detalle y servicios complementarios.

Sobre el reconocimiento social, este eslabón muestra una asimetría clara. Aunque la atención al turista —el “rostro” de la experiencia comunitaria— suele recaer en mujeres y jóvenes, la representación formal de la comunidad frente a operadores y el manejo de ingresos por intermediación se concentra en varones. Es una brecha que las propias entrevistas sugieren al describir cómo “el actual presidente de la comunidad” lidera la promoción del turismo, mientras las mujeres “se encargan de la artesanía y la atención al visitante”. En Llañucancha y Miraflores, donde el turismo es incipiente, el patrón está apenas en formación.

Transporte y alojamiento

En la cadena del turismo comunitario, el transporte y alojamiento incluye el desplazamiento de los turistas desde ciudades principales hacia las comunidades, el alojamiento en ciudades principales y la alimentación en esos puntos intermedios. Es un eslabón mayoritariamente externo a las comunidades —el transporte lo realizan operadores formales, los hoteles formales se concentran en ciudades capital o intermedias— pero condiciona el flujo de visitantes hacia el destino comunitario. En Yanque se han instalado “varios hoteles de diversas empresas” y el municipio canaliza visitantes desde Chivay, y en Miraflores y Llañucancha la infraestructura de transporte es deficiente, lo que limita el desarrollo turístico.

En términos de roles, los grupos focales realizados no permiten recoger información diferenciada por género para las actividades de este eslabón en ciudades principales (alojamiento formal, alimentación externa). El desplazamiento desde las ciudades — transporte de vehículos— suele estar a cargo de varones (choferes, guías que acompañan).

Sobre el reconocimiento social, este eslabón es estructuralmente externo a la comunidad. El valor capturado por hoteles, restaurantes y transporte se concentra en empresas formales urbanas y no en las familias comunitarias. La brecha aquí no es estrictamente de género dentro del hogar, sino territorial, ya que el turismo comunitario captura solo una fracción del valor generado por la actividad turística total, y dentro de esa fracción se reproducen los patrones de género del propio eslabón comunal.

Servicio turístico y consumo

En la cadena del turismo comunitario, el servicio turístico y consumo comprende las caminatas ecológicas y el guiado, las experiencias vivenciales, las actividades recreativas, la degustación y gastronomía altoandina, la adquisición de artesanías y la alimentación en comunidades. Es el eslabón que finalmente conecta a los turistas con la propuesta de valor comunal. En Yanque (Valle del Colca, Arequipa) se han albergado turistas extranjeros en un esquema de turismo vivencial, con servicios de baños termales (S/30 por media hora), kayak y aguas termales (S/15), y la asociación de 30 artesanas Sunaq Tikari produce chompas, chalinas, mantas y chullos para venta a

turistas. En Llañucancha, la venta artesanal se concentra en ferias de carnaval y eventos comunales, y en Miraflores el turismo es incipiente.

En términos de roles, este eslabón presenta una división de género clara y reconocida a partir de los talleres realizados. Las mujeres lideran la atención al turista, la gastronomía altoandina, las experiencias vivenciales y la venta directa de artesanías. En Yanque “las mujeres podrían hacer labores de atención al turista y gastronomía” y “la artesanía es una labor de las mujeres”, y en Hanansaya y Llañucancha el patrón es similar. Los hombres concentran el guiado de caminatas y las actividades recreativas que requieren mayor esfuerzo físico (escalada, rapel, kayak), así como el transporte interno. En Yanque “los jóvenes ya están trabajando en diversos hoteles de la región para irse capacitando”, lo que muestra que la siguiente generación se inserta en hoteles formales tanto en mujeres como en varones.

Sobre el reconocimiento social y la orientación al mercado, este eslabón es el espacio más fértil para el reconocimiento explícito del aporte femenino dentro de la cadena. Las mujeres son nombradas como artesanas, cocineras y anfitrionas, y su trabajo genera ingresos visibles (“S/30 por media hora” en servicios, precios variables en artesanías). El reconocimiento simbólico no siempre se traduce en mayor control sobre el ingreso, ya que las decisiones de inversión, las negociaciones con operadores externos y la representación comunal siguen siendo mayormente masculinas. La asociación Sunaq Tikari ofrece un ejemplo de cómo el liderazgo femenino organizado puede capturar mayor valor, pues con marca, certificación y presencia en plataformas de venta, las artesanas podrían acceder a mejores precios y mercados. Llevar este modelo a otras comunidades es una palanca concreta de cierre de la brecha de reconocimiento económico.

4.6 Balance en la participación de hombres y mujeres

El análisis transversal de las cinco cadenas estudiadas permite identificar patrones que se repiten con notable consistencia y, al mismo tiempo, diferencias importantes en función del tipo de producto, del nivel de articulación con el mercado y del rol de actores institucionales externos. Estos patrones son los que dan sustento al diagnóstico de brechas que se desarrolla en la sección siguiente.

Un primer patrón recurrente es la participación compartida en la producción primaria. En las cinco cadenas, hombres y mujeres comparten las labores de cultivo o crianza cotidiana, organizadas mediante turnos familiares. Las brechas en el trabajo de campo son las más estrechas del estudio y se confirman en la encuesta, donde el 75% de los hombres y el 70% de las mujeres mayores de 14 años declaran trabajar en el campo. Cuando los varones migran de manera estacional o permanente, como ocurre en Pacor (Cusco) y Phinaya (Cusco), las mujeres asumen el ciclo completo, lo que muestra que la capacidad técnica femenina ya está presente y se vuelve visible solo cuando se desplaza la presencia masculina.

Un segundo patrón es el liderazgo femenino en la poscosecha y la transformación tradicional. En la papa nativa las mujeres lideran la clasificación, la selección por variedad y la elaboración de chuño y moraya, y en Miraflores los propios varones declaran una participación masculina cercana al 10% en el procesamiento. En granos andinos lideran la limpieza, el desamargado, el secado y la producción de harinas. En

alpaca y vicuña concentran la clasificación de la fibra, el descordado, el hilado, el tejido y la confección de prendas y artesanías. Y en turismo comunitario sostienen la gastronomía, las experiencias vivenciales y la venta directa de artesanías. Es el eslabón donde el aporte femenino es más visible y, al mismo tiempo, el más restringido en términos de precio y reconocimiento económico.

Un tercer patrón es la concentración masculina en la gestión territorial y la representación externa. En las cadenas pecuarias (alpaca y vicuña) y en turismo comunitario, los hombres lideran las actividades que requieren desplazamientos largos, fuerza física o presencia formal frente a actores externos, como el pastoreo en bofedales y praderas, las faenas comunales, la esquila técnica, la negociación con empresas compradoras (Mitchell, Inca Tops, Hidrandina), los trámites con SERFOR y la presidencia comunal o representación frente a operadores turísticos. La gestión del ecosistema queda culturalmente asociada al rol del “pastor” o “ganadero” y la negociación comercial al varón que sale a la ciudad, lo que reproduce el reconocimiento social masculino aun cuando la mujer también participa cotidianamente.

Las diferencias más relevantes entre cadenas se concentran en tres dimensiones. La primera es el nivel de orientación al mercado y el grado de cierre de brecha. En cadenas con alta inserción comercial y estructura asociativa, como la alpaca en Challhuanca y Tolconi (Arequipa) o la quinua en Hanansaya (Arequipa), la participación femenina en clasificación, transformación y venta es más equitativa y se traduce en mejor acceso a precios premium (RAS de Mitchell, planta de quinua). En cadenas con menor inserción comercial y predominio del autoconsumo, como la cañihua o el tarwi, el aporte femenino sigue siendo central, pero queda subordinado al ámbito doméstico y la transformación industrial es prácticamente inexistente. La segunda dimensión es la presencia de actores institucionales externos, que en el caso de la vicuña (SERFOR autoriza la esquila técnica, el pesado, el etiquetado y el lacrado) genera una brecha estructural adicional, ya que las mujeres podrían asumir esas funciones técnicas pero la regulación las deja fuera. La tercera es la incidencia de la migración masculina, que invierte los patrones tradicionales en comunidades como Pacor (Cusco) y Phinaya (Cusco), donde las mujeres asumen integralmente el ciclo productivo, incluyendo el alquiler de maquinaria y la negociación con compradores, sin que ese trabajo se traduzca todavía en mayor reconocimiento institucional ni en control efectivo del ingreso del hogar.

En conjunto, el análisis comparado deja una conclusión central que ordena el siguiente capítulo. Las mujeres altoandinas participan de manera amplia, sostenida y técnicamente competente en todos los eslabones de las cadenas de valor, pero esa participación se invisibiliza en los espacios de mayor reconocimiento social y económico, esto es, la representación externa, la negociación con compradores formales y el control sobre el destino del ingreso. Las brechas que se desarrollan a continuación no son brechas de presencia productiva sino brechas de liderazgo, control de activos y captura de valor.

5. Brechas principales de género en la población de estudio

A partir de la información recopilada a nivel cuantitativo, se observan brechas de género en una serie de indicadores orientados tanto a acceso a servicios productivos como al empoderamiento económico para la toma de decisiones. En ese sentido, el presente informe desarrolla **una síntesis** de las principales diferencias entre hombres y mujeres, organizadas según cinco categorías temáticas: (i) participación en actividades domésticas, (ii) participación en actividades productivas, (iii) acceso a activos, (iv) toma de decisiones económicas y (v) acceso a servicios (financieros y no financieros).

Figura 7. Resumen de diferencias de género más importantes, identificadas en torno a cinco categorías de análisis



Nota: Elaborado a partir de la revisión de 16 indicadores calculados con la información de las encuestas realizada. El detalle de los valores de los indicadores se puede apreciar al final de este documento. Elaboración: APOYO Consultoría

Cabe precisar que, si bien esta información ha sido analizada por cadena de valor en el marco del presente estudio, en el presente informe se ha procurado reflejar las diferencias territoriales, dado que el diseño muestral se planteó para ser representativo de cada uno de los departamentos, y en algunos casos el número de productores y productoras de las cadenas productivas es más limitado.

5.1 Categoría 1: Participación en actividades del hogar

El análisis de la participación en actividades del hogar es fundamental para comprender las diferencias de género, ya que la distribución del trabajo doméstico no remunerado condiciona la disponibilidad de tiempo, energía y oportunidades para participar en actividades productivas, organizativas y económicas. Para este componente se consideran tres indicadores clave: (i) porcentaje de personas (hombres y mujeres) que aportan a actividades domésticas, (ii) porcentaje de personas (hombres y mujeres) que se dedican al cuidado de niños o ancianos y (iii) porcentaje de personas (hombres y mujeres) que se dedican a la preparación de alimentos.

Las brechas más pronunciadas entre hombres y mujeres se observan en esta categoría. Aunque la participación general en actividades domésticas es alta para ambos sexos — 93% en hombres y 92% en mujeres a nivel agregado— la distribución de tareas específicas evidencia desigualdades marcadas.

El cuidado de niños o ancianos recae de manera desproporcionada en mujeres. A nivel total, 4% de hombres reporta realizar estas tareas frente a 18% de mujeres, lo que implica una diferencia de 14 puntos porcentuales. Esta brecha es consistente en todas las regiones y alcanza hasta 18 puntos en Puno.

La diferencia es aún más profunda en la preparación de alimentos. Mientras 11% de hombres participa en esta actividad, 61% de mujeres lo hace, generando una diferencia agregada de 50 puntos porcentuales. En Apurímac la diferencia alcanza 62 puntos; en Arequipa, 54 puntos; en Cusco, 41 puntos; y en Puno, 46 puntos. Estos resultados confirman una fuerte concentración del trabajo doméstico en mujeres, con efectos directos sobre su carga total de trabajo.

Las cifras se soportan en las barreras identificadas en los grupos focales y talleres realizados. Por ejemplo, en el caso de Chalhuanca y Tolconi, las mujeres artesanas señalaron que deben combinar el tejido con la preparación de alimentos, el cuidado de hijos y otras responsabilidades domésticas, lo que reduce el tiempo disponible para ampliar producción o asistir a capacitaciones.

De manera similar, en comunidades alpaqueras de Puno y Cusco, las mujeres asumen el pastoreo diario y simultáneamente mantienen responsabilidades domésticas, configurando jornadas extendidas. En Yauyos, la transformación de papa en chuño o chalona también recae principalmente en mujeres, quienes además se encargan de la alimentación del hogar. Estos ejemplos cualitativos explican por qué las brechas más amplias se observan en cuidado y preparación de alimentos.

5.2 Categoría 2: Participación en actividades productivas

El análisis de la participación en actividades productivas permite evaluar si hombres y mujeres se insertan de manera similar en la base económica de los hogares y territorios. En este componente se emplean cuatro variables clave: (i) porcentaje de personas (hombres y mujeres) que declaran aportar a actividades productivas, (ii) porcentaje de personas que lideran negocios (para mayores de 14 años), (iii) porcentaje de personas que realizan trabajo en el campo y (iv) porcentaje de personas que se dedican al cuidado de animales.

En términos generales, la participación productiva es alta para hombres y mujeres. En relación con el primer indicador, referido al porcentaje de personas que declaran aportar a actividades productivas, se observa que el 93% de los hombres y 89% de las mujeres señalan que contribuyen a actividades productivas, lo que implica una diferencia de 4 puntos porcentuales. En el caso de Cusco, la participación masculina alcanza 92%, mientras que la femenina es de 82%, lo que representa una diferencia de 10 puntos porcentuales, siendo la más alta entre las regiones analizadas para este indicador. Este resultado es relevante porque, aunque la participación femenina sigue siendo elevada en términos absolutos, la distancia respecto a los hombres es mayor que en Apurímac, Arequipa y Puno.

El segundo indicador, correspondiente al porcentaje de personas mayores de 14 años que lideran algún tipo de negocio, muestra que la participación es igual a nivel agregado, con 28% tanto en hombres como en mujeres. Sin embargo, a nivel regional se observan variaciones que reflejan diferencias territoriales en las oportunidades y dinámicas de liderazgo económico. Al igual que el indicador anterior, resalta el caso de Cusco, donde hay una mayor participación de hombres como líderes de negocios.

En cuanto al tercer indicador, que mide el porcentaje de personas que realizan trabajo en el campo, 75% de los hombres y 70% de las mujeres reportan desempeñar estas labores, con una diferencia de 5 puntos porcentuales. En varias regiones la participación femenina se aproxima a la masculina, lo que confirma su presencia activa en actividades agrícolas directas.

Finalmente, el cuarto indicador, referido al porcentaje de personas dedicadas al cuidado de animales, muestra que 66% de los hombres y 71% de las mujeres participan en esta actividad, con una diferencia de 5 puntos porcentuales en favor de las mujeres. Este resultado es coherente con la evidencia cualitativa que destaca el rol relevante de las mujeres en el manejo cotidiano del ganado, aunque aún persisten las diferencias en el nivel de liderazgo en la toma de decisiones y el reconocimiento social.

Las cifras se validan a través de las barreras identificadas en los grupos focales y talleres realizados. Por ejemplo, en el caso de Macusani, la crianza cotidiana de alpaca está mayoritariamente en manos de mujeres, pero las decisiones estratégicas vinculadas a la venta de animales o a la articulación con compradores suelen canalizarse en espacios donde los hombres tienen mayor visibilidad. En Cusco y Apurímac, las mujeres participan activamente en la selección de semilla de papa y en el manejo productivo, aunque la interlocución con programas externos o técnicos suele recaer en hombres. En Yanque, las mujeres participan en gastronomía y atención al visitante, pero la planificación formal de la actividad turística se gestiona en espacios dirigenciales predominantemente masculinos. Estos casos muestran que la alta participación femenina en la base productiva no siempre se traduce en liderazgo equivalente.

5.3 Categoría 3: Acceso a activos productivos (titularidad de terrenos, inmuebles y parcelas)

El acceso a activos productivos constituye un componente sumamente relevante en el análisis de género, ya que determina el control formal sobre recursos estratégicos, la capacidad de tomar decisiones productivas autónomas y el acceso potencial a crédito o programas públicos. En este capítulo se consideran tres indicadores clave: (i) porcentaje de hombres y mujeres que declaran tener titularidad de terrenos, (ii) porcentaje de hombres y mujeres que declaran tener titularidad de inmuebles y (iii) porcentaje de hombres y mujeres que declaran tener titularidad de parcelas.

En propiedad de terrenos, 54% de los hombres reporta titularidad frente a 33% de las mujeres a nivel agregado, lo que representa una diferencia de 20 puntos porcentuales. Las brechas son particularmente amplias en Arequipa, donde la diferencia alcanza 35 puntos porcentuales, y en Puno, con 25 puntos. En Cusco la diferencia es de 17 puntos y en Apurímac de 5 puntos.

En propiedad de inmuebles, 47% de los hombres declara ser propietario frente a 32% de las mujeres, con una diferencia agregada de 15 puntos porcentuales. En Arequipa la

diferencia alcanza 30 puntos porcentuales y en Puno 23 puntos. En Cusco la diferencia es de 12 puntos, mientras que en Apurímac la participación es relativamente similar entre hombres y mujeres, con una diferencia de 3 puntos porcentuales.

La propiedad de parcela muestra también una brecha estructural relevante. A nivel agregado, 60% de los hombres reporta titularidad frente a 38% de las mujeres, lo que implica una diferencia de 18 puntos porcentuales. En Arequipa la diferencia alcanza 32 puntos, en Puno 24 puntos y en Cusco 14 puntos. En Apurímac la brecha es menor y asciende a 1 punto porcentual.

En conjunto, los tres indicadores confirman que, aunque las mujeres participan activamente en la producción agrícola y pecuaria, el control formal sobre activos productivos continúa concentrado en hombres, especialmente en Arequipa y Puno. Estas diferencias estructurales limitan la autonomía económica femenina y condicionan su capacidad para acceder a financiamiento, programas de inversión o procesos de formalización productiva.

5.4 Categoría 4: Participación económica

La participación económica permite evaluar el grado de involucramiento en decisiones estratégicas vinculadas al uso de recursos y comercialización. Este componente incluye cuatro indicadores: (i) porcentaje de hombres o mujeres que participan en actividades generadoras de ingresos, (ii) porcentaje de hogares donde al menos un hombre o mujer participa en decisiones de gastos agrícolas o pecuarios, (iii) porcentaje de hogares donde al menos un hombre o mujer participa en decisiones de ventas y (iv) porcentaje hombres o mujeres que participan en asociaciones.

Con relación al primer indicador (participación en actividades generadoras de ingresos), la brecha es persistente y a favor de los hombres en las cuatro regiones, sin excepción. Apurímac es el departamento con mayor presencia general en actividades generadoras de ingresos (73% en hombres, 66% en mujeres), reflejo de la mayor inserción laboral relativa del territorio, aunque la brecha allí es la más estrecha en términos absolutos (7 puntos porcentuales). En el extremo opuesto, Puno presenta los niveles más bajos de participación en ambos sexos (44% y 35%), con una brecha de 9 puntos. Arequipa también muestra una brecha de 9 puntos y Cusco la más reducida con 5 puntos.

A nivel agregado, la brecha de 7 puntos a favor de los hombres (56% vs. 49%) es una de las más constantes del estudio, ya que se repite en todas las regiones y no se cierra con la mayor presencia productiva relativa que muestran Apurímac y Arequipa. Conviene leerla en conjunto con la diferencia en jornadas largas (más de 40 horas semanales 25% en hombres vs. 18% en mujeres) y con la sobrecarga de tareas domésticas y de cuidado documentada en el mismo reporte, que limitan el tiempo disponible de las mujeres para generación de ingresos.

En relación con el segundo indicador, referido al porcentaje de hogares donde al menos un hombre o al menos una mujer participa en decisiones de gastos agrícolas o pecuarios, se observa que en 67% de los hogares hay participación masculina en este tipo de decisiones, mientras que en 58% de los hogares se registra participación femenina. Esto implica una diferencia agregada de 9 puntos porcentuales en la presencia dentro del hogar de hombres o mujeres que intervienen en estas decisiones. En algunas regiones la diferencia es mayor, particularmente en Cusco.

En el tercer indicador, correspondiente al porcentaje de hogares donde al menos un hombre o al menos una mujer participa en decisiones de ventas, 52% de los hogares reporta participación masculina en estas decisiones, frente a 45% que reporta participación femenina. La diferencia agregada es de 8 puntos porcentuales, con brechas más amplias en Arequipa y Cusco. Estos resultados sugieren que, a nivel de hogar, es más frecuente que exista participación masculina que femenina en decisiones vinculadas a la comercialización.

En cuanto al cuarto indicador (participación en asociaciones), 19% de hombres y 16% de mujeres reportan participación¹, con una diferencia de 3 puntos porcentuales. Aunque esta diferencia es menor que en activos o decisiones de venta, refleja una mayor presencia masculina en espacios organizativos formales.

Los últimos indicadores están vinculados con un hallazgo reportado sobre el rol de las mujeres en la etapa de comercialización. En esta fase se observa una segmentación por género, ya que, si bien muchas decisiones de venta se reportan como conjuntas, los hombres mantienen mayor presencia en la negociación con intermediarios y en mercados más amplios, mientras que las mujeres tienden a participar en mercados locales o en circuitos de menor escala, debido principalmente a las menores capacidades de negociación. Por ejemplo, en el caso de la comercialización de fibra de alpaca en Yauyos y zonas altoandinas, la negociación con intermediarios es realizada con mayor frecuencia por hombres, especialmente cuando implica traslado o contacto con compradores externos. En la cadena de vicuña, los cargos comunales que interactúan con SERFOR o con empresas compradoras suelen estar ocupados por varones, concentrando la representación externa. En Yanque, aunque las mujeres venden artesanías y alimentos directamente al turista, la coordinación con operadores o municipalidades se canaliza a través de liderazgos masculinos. Estos ejemplos explican la menor participación femenina en decisiones de venta y en espacios organizativos formales, ante la falta de más referentes visibles en posiciones de liderazgo.

Este patrón refleja una división funcional dentro de la cadena de valor: las mujeres concentran trabajo intensivo en producción y postcosecha, mientras los hombres asumen con mayor frecuencia la representación externa y la negociación de precios. Ello influye en la capacidad diferenciada entre hombres y mujeres de capturar mayores márgenes, acceder a mejores condiciones comerciales, y por ende tener mayor acceso a los beneficios de los mayores ingresos, mayores capacidades de desarrollo y de fortalecimiento de capacidades.

5.5 Categoría 5: Servicios financieros y no financieros

El acceso a servicios financieros y no financieros es clave para fortalecer capacidades productivas, mejorar ingresos y reducir vulnerabilidades. En este capítulo se consideran dos indicadores: (i) porcentaje de hombres y mujeres que reciben servicios de asistencia técnica y (ii) porcentaje de jefes de hogar (hombres y mujeres) que tienen una cuenta de ahorro.

Las mujeres desempeñan un rol central en la producción de cultivos andinos y en actividades pecuarias, particularmente en labores de siembra, cosecha, manejo y

¹ Declaran ser socios empadronados, según el reporte de las encuestas.

transformación primaria. Sin embargo, esta participación no necesariamente se traduce en igual acceso a servicios de fortalecimiento productivo. En asistencia técnica, 9% de hombres y 7% de mujeres reportan recibir servicios, con una diferencia de 2 puntos porcentuales. Aunque la brecha es reducida en términos agregados, las diferencias regionales muestran variaciones ligeramente más pronunciadas. Por ejemplo, en Arequipa, 15% de los hombres reporta haber recibido asistencia técnica frente a 11% de las mujeres, lo que representa una diferencia de 4 puntos porcentuales.

Por otro lado, en cuanto a la inclusión financiera, 19% de hombres y 18% de mujeres jefes de hogar reportan contar con una cuenta de ahorro,² con una diferencia de 2 puntos porcentuales a nivel agregado. Si bien la brecha total es pequeña, el acceso general sigue siendo bajo para hombres y mujeres, lo que limita la inclusión financiera.

Estos resultados indican que, aunque la brecha agregada es reducida tanto en asistencia técnica como en inclusión financiera, el acceso a estos servicios sigue siendo bajo para hombres y mujeres en todos los territorios del contexto altoandino analizado. Además, en las regiones donde la diferencia favorece a los hombres, se refuerza un patrón consistente con otros componentes analizados, donde los hombres tienden a tener mayor exposición a servicios, redes institucionales y espacios de articulación productiva. Esto resulta particularmente relevante considerando que las mujeres concentran una parte importante del trabajo en campo, en el cuidado de animales y en la transformación primaria, por lo que el acceso equitativo a asistencia técnica constituye un factor clave para mejorar productividad y autonomía económica.

A continuación, la siguiente tabla refleja el detalle del valor para cada uno de los 15 indicadores seleccionados para la síntesis de diferencias de género en las 5 categorías clave sugeridas para el análisis.

El análisis de las cinco categorías muestra que las brechas de género en los territorios altoandinos del estudio se concentran fundamentalmente fuera del trabajo productivo directo, aunque también hay algunas actividades de índole productivo donde se observan heterogeneidades marcadas.

- En la participación en actividades del hogar se observan las brechas más profundas y consistentes del estudio, con diferencias agregadas de 50 puntos porcentuales en preparación de alimentos y 14 puntos en cuidado de niños y ancianos a favor de las mujeres, una sobrecarga doméstica que condiciona estructuralmente la disponibilidad de tiempo para actividades económicas.
- En la participación en actividades productivas las brechas son las más estrechas (5 puntos porcentuales en trabajo de campo y 28% paritario en liderazgo de negocios), lo que confirma que las mujeres están presentes y son técnicamente competentes en la base productiva.
- En el acceso a activos productivos las brechas se vuelven nuevamente amplias, con diferencias de 20 puntos en propiedad de terrenos, 15 puntos en inmuebles y 18 puntos en titularidad de parcela, todas a favor de los hombres, lo que

² Se cuenta con otros indicadores adicionales vinculados con el acceso al crédito, pero se ha decidido trabajar con un indicador vinculado a ahorros, ya que es el producto más extendido en la población altoandina.

muestra que el control formal de los recursos no acompaña la participación productiva femenina.

- En la participación económica la brecha se traduce en una asimetría de poder dentro del hogar y del territorio, con una diferencia de 7 puntos en participación en actividades generadoras de ingresos, una mayor presencia masculina en decisiones de venta (7 puntos) y un menor protagonismo femenino en asociaciones (3 puntos).
- Finalmente, el acceso a servicios financieros y no financieros sigue siendo bajo para ambos sexos, con una ligera ventaja masculina en asistencia técnica y cuentas de ahorro, lo que sugiere que el cierre de brechas requiere ampliar la cobertura general antes que solo redistribuirla.

Tabla 3. Detalle del valor de indicadores incorporados en la síntesis de diferencias de género, estructurados según cinco categorías temáticas.

Variable	Hombres					Mujeres					Diferencias de género				
	Apurímac	Arequipa	Cusco	Puno	Total	Apurímac	Arequipa	Cusco	Puno	Total	Apurímac	Arequipa	Cusco	Puno	Total
Categoría 1: Participación en actividades del hogar															
Aporta a actividades domésticas	94%	95%	94%	92%	93%	97%	88%	91%	92%	92%	-0.04	0.07	0.03	0.00	0.01
Cuidado de niños o ancianos	3%	8%	0%	5%	4%	18%	22%	13%	23%	18%	-0.15	-0.14	-0.12	-0.18	-0.14
Preparación de alimento	12%	9%	14%	9%	11%	75%	62%	56%	55%	61%	-0.62	-0.54	-0.41	-0.46	-0.50
											-0.27	-0.20	-0.17	-0.21	-0.21
Categoría 2: Participación en actividades productivas															
Aporta a actividades productivas	92%	94%	92%	95%	93%	94%	88%	82%	94%	89%	-0.03	0.06	0.10	0.01	0.04
Tiene o lidera algún tipo de negocio (+14 años)	54%	9%	46%	6%	28%	51%	10%	41%	9%	28%	0.02	-0.01	0.05	-0.03	0.00
Trabajo en el campo	88%	58%	73%	81%	75%	88%	55%	65%	73%	70%	0.00	0.03	0.08	0.08	0.05
Cuidado de animales	64%	84%	52%	69%	66%	77%	85%	57%	70%	71%	-0.13	-0.01	-0.05	-0.01	-0.04
											-0.03	0.02	0.05	0.01	0.01
Categoría 3: Acceso a activos															
Propiedad de terrenos	39%	63%	54%	59%	54%	34%	27%	37%	34%	33%	0.05	0.35	0.17	0.25	0.20
Propiedad de inmuebles	36%	53%	53%	43%	47%	39%	24%	42%	20%	32%	-0.03	0.30	0.12	0.23	0.15
Propiedad de parcela	47%	68%	68%	55%	60%	49%	30%	32%	42%	38%	-0.02	0.38	0.36	0.13	0.21
											0.01	0.32	0.14	0.24	0.18
Categoría 4: Participación económica															
Participan en la decisión de gastos (act. agrícolas o pecuarias)	61%	64%	77%	67%	67%	65%	53%	54%	61%	58%	-0.04	0.11	0.22	0.06	0.09
Participan en la decisión de ventas	38%	56%	58%	56%	52%	44%	41%	43%	50%	45%	-0.06	0.15	0.15	0.06	0.08
Participación en asociaciones	12%	36%	23%	7%	19%	14%	29%	15%	7%	16%	-0.02	0.07	0.08	0.00	0.03
											-0.04	0.11	0.15	0.04	0.07
Categoría 5: Acceso a servicios financieros o no financieros															
Reciben servicios de asistencia técnica	4%	15%	7%	9%	9%	5%	11%	6%	7%	7%	-0.01	0.04	0.01	0.02	0.02
Cuenta con cuenta de ahorro (jefes de hogar)	22%	9%	18%	3%	19%	15%	1%	5%	0%	18%	-0.15	0.08	0.13	0.03	0.01
											-0.08	0.06	0.07	0.03	0.02

Nota: las filas resaltadas en color corresponden al promedio simple de los indicadores de cada categoría. Cuando el valor promedio es negativo (resaltado en rojo), refleja una mayor participación o acceso para el grupo de mujeres, mientras que cuando el valor promedio es positivo (resaltado en verde), refleja una mayor participación o acceso por parte de hombres.